España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS
Redacción y Administración:
Tacuba, 15
Director: MANUEL ALBAR

PRECIO: 25 CENTAVOS

Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año I | México, D. F., 29 de Abril de 1944 | Núm. 13

FRANCO Y AMERICA

La solidaridad continental

El Presidente de la República de Chile, don Juan Antonio Ríos, en carta dirigida a los partidos políticos que integran la mayoría gubernamental, ha expresado su propósito de continuar la política exterior seguida hasta ahora, por lo menos en dos puntos concretos: la suspensión de relaciones con el gobierno soviético, y el mantenimiento de las actuales con el gobierno del general Franco. En cuanto al primero, que no nos consideramos autorizados a comentar, juzga el presidente que el reconocimiento del gobierno ruso es un problema demasiado complejo para resolverlo precipitadamente. En cuanto al segundo, don Juan A. Ríos abona su opinión con el ejemplo de los restantes países americanos —excepto México— que sostienen trato diplomático con el gobierno franquista. "Sería infantil —dice la referencia periodística— pretender que Chile, sin una razón poderosa, debía seguir una línea de conducta diferente de la de casi todas las naciones hermanas del Continente y también diferente a la de las propias naciones aliadas." Pesamos el argumento, pero sin compartirlo. Y con el respeto, la amistad y la gratitud entrañables que sentimos por la república de Chile y, personalmente, por don Juan Antonio Ríos, nos permitiremos ponerle breve glosa. La solidaridad continental, buena a toda hora —y ojalá fuera más efectiva de lo que es— representa, en efecto, y sobre todo ahora, un principio de buena política. Pero la solidaridad continental ¿obliga hasta el punto de imponer una política contraria al sentimiento de los pueblos que la practican? Tal es el caso, con referencia al gobierno franquista, de la situación actual. Y la pregunta no se formula sólo para Chile, sino para todos los pueblos americanos de habla española, que sólo por una ley de inercia siguen otorgándole título de legitimidad al régimen falangista. En mayor o menor grado, todos los países americanos se creen obligados a secundar la política trazada por los EE. UU. de acuerdo con Inglaterra. Y en la actitud de las dos grandes naciones para con Franco, y no en razones de simpatía, es donde vemos la explicación de que la América española no haya repudiado ya oficialmente, como repudia en espíritu, el régimen de Falange. Las propias palabras del presidente Ríos, cabal exponente de la mentalidad liberal americana, son aleccionadoras al respecto.

Sin esa coacción moral, determinada por las circunstancias y voluntariamente aceptada, hace ya mucho tiempo que la mayor parte de los países americanos hubieran roto sus relaciones con el gobierno del generalísimo. No hablamos en supuesto. Alguno de ellos estuvo a punto de llegar a la ruptura y fué menester que los EE. UU. interpusierán sus recomendaciones para impedirlo. Pero, sin levantar velos diplomáticos, nos basta, para fundamentar nuestro aserto, con la magnífica demostración de amistad que la República viene recibiendo, culminante en la conmemoración del XIII aniversario del 14 de Abril. Los acuerdos del Partido Radical y del Partido Socialista de Chile; el adoptado por la Convención del Partido Batllista del Uruguay reclamando la ruptura de relaciones con Franco y el reconocimiento de la Junta Española de Liberación y, más recientemente aún, la resolución aprobada por la Asamblea Nacional de Municipios Uruguayos reunida en Montevideo; el gran discurso —que insertamos en este mismo número— pronunciado por el ilustre ex presidente de Colombia, don Eduardo Santos; la acogida, en fin, que le ha sido dispensada a la Junta Española de Liberación, son hechos que prueban claramente que, si en el terreno oficial le conceden a Franco una desganada legitimidad diplomática, moralmente es la República, y los hombres que la representan, los que tienen el asentimiento y la simpatía entrañable de los pueblos de América que hablan nuestra lengua. Y aun nos atreveríamos a decir que también del Brasil —cuya prensa, generalmente olvidada del problema español, se ocupa de él ahora con palabras de vivo aliento para la causa republicana— e incluso de los EE. UU., donde una fuerte corriente de opinión no recata su solidaridad con los republicanos españoles. Circunstancialmente, y por motivos de obligada estrategia política, el gobierno de Franco es todavía un gobierno legal para las repúblicas americanas, pero en la conciencia de sus pueblos y de la mayor parte de sus gobernantes, el régimen falangista inspira repulsión y está condenado a muerte irremediable, de la que no podrán salvarle, ciertamente, sus torpes ensayos de hispanidad imperialista. Ignoramos hasta cuándo los delicados escrúpulos apuntados por el presidente Juan Antonio Ríos, en nombre de la solidaridad continental, seguirán haciendo que Franco sea tolerado en América. Pero aun sin invocar el ejemplo de México, que no necesita tenderle la mano a Franco para cumplir de manera admirable sus deberes de solidaridad, bueno será decir que una prueba elocuente de solidaridad continental sería la de no estorbar las decisiones de las Repúblicas americanas en orden a España y a la República. Renegar de Franco y hacer justicia a la República, lejos de quebrantar ningún vínculo, los afirmaría y significaría un paso eficaz en el camino de la victoria y en la defensa de la democracia.

Ritorna vincitore...

"Un vencedor romano volvió hoy de Etiopía, después de su "misión civilizadora", (más de cien mil etíopes muertos) para recibir los besos del duce y la ovación de todos los romanos.

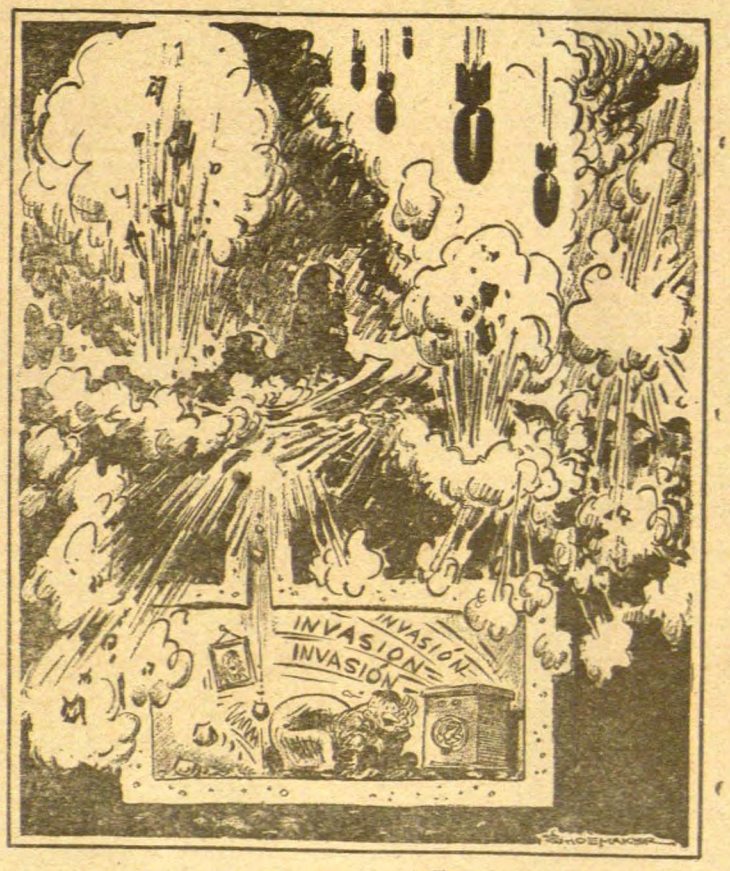
El virrey Pedro Badoglio, cuyas legiones entraron en Addis Abbeba poco después de que el emperador Haile Selassie huyó de su capital, arribó hoy en tren especial aquí y fué recibido como un héroe. Mussolini le besó ambas mejillas. Los altos jefes militares fascistas le rindieron homenaje: pero lo que más conmovió al guerrero fueron las aclamaciones de 60,000 romanos.

Mussolini presentóse a buena hora en la estación, y dos veces revistó las tropas selectas que formaban la guardia de honor. Cuando recibió al héroe de Africa, lo rodeaban todos sus ministros y su hijo político el conde Galeazzo Ciano.

Los oficiales entregaron ramilletes de flores al nuevo virrey y a su señora. Cuando Badoglio se alejó entre la turba que gritaba su nombre y sus alabanzas, la bandera virreinal, izada en su coche, ondeó con la brisa. Esa bandera simboliza el recién creado imperio italoetíope.

(De "Excelsior", 4 de junio de 1936).

En Vísperas de la Tempestad



Shoemaker en el Chicago *News*.

BOGOTA

En honor de Jiménez de Asúa

En honor del profesor don Luis Jiménez de Asúa, que ha sido invitado por las universidades de Quito y Guayaquil, para donde partirá en breve, el embajador del Ecuador, doctor Ricardo Crespon Ordóñez, ofreció en la embajada un almuerzo al cual asistieron las siguientes personas: doctor Eduardo Santos, doctor Antonio Rocha, ministro de educación; doctor Julio Carrizosa Valenzuela, rector de la Universidad Nacional; don Luis de Zulueta, doctor Carlos Arango Vélez, don Rafael de Ureña, don Luis Cano, don Agustín Nieto Caballero, don José Umaña Bernal, don Gustavo Santos, doctor Fulgencio Lequerica Vélez, don Darío Achury Valenzuela, director de extensión cultural: doctor Antonio Trías, general Leopoldo Menéndez, don Urbano González de la Calle, don José María Ots, don José Prat, presidente de la Casa de España; don Francisco Carreras, presidente del Ateneo Español; don Hugo Moncayo, secretario de la embajada.

Durante el almuerzo, que fué muy animado, se hicieron votos por un estrecho intercambio cultural entre América y España, una vez que ésta, devuelta a un régimen de libertad, pueda ofrecer a las naciones americanas de habla española el ejemplo de su espíritu creador, estableciendo así los vínculos de una verdadera fraternidad que nada tiene que ver con el hispanismo que propaga Falange, tras del cual se encubre un grotesco afán imperialista incompatible con la dignidad de los países americanos y con los sentimientos de la propia España republicana. Don Luis Jiménez Asúa agradeció los elogios que se le tributaron, prometiendo seguir su tarea intelectual, ya que con ella cumplía sus deberes de profesor y de español. Hizo resaltar la gran obra que, en orden al acercamiento de España y América, representa la presencia de los emigrados republicanos españoles en los distintos países del Continente. A través de esta peregrinación —dijo— españoles y americanos empezaban a comprenderse bien y, por tanto, a estimarse.

En 2a. página:
Discurso del Dr. Eduardo Santos en Bogotá.
En 6a. página:
Discurso de D. Indalecio Prieto en la Habana.

EL XIII ANIVERSARIO DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA EN COLOMBIA

Un magnífico discurso del Dr. Eduardo Santos

Don Rafael de Ureña: "El 14 de Abril representa el advenimiento de una nueva era, representa la ruptura definitiva con el pasado, pero no con su historia."

Don Eduardo Santos: "No se podía matar, y no se mataba, ese espíritu libre y democrático y realista de España que anima todas las manifestaciones de la vida española."

Para conmemorar el XIII aniversario de la proclamación de la República española, como dijimos en nuestro número anterior, en la tarde del 14 de abril se celebró en el Teatro Municipal de Bogotá un acto de homenaje en el que pronunciaron discursos los señores don Rafael de Ureña y el ex presidente de la República de Colombia don Eduardo Santos. El aspecto que ofrecía el Teatro Municipal, completamente ocupado por un público entusiasta, era admirable, contribuyendo a ello las banderas españolas y colombianas que adornaban el escenario y los palcos.

Asistieron al acto los embajadores de la URSS, Inglaterra, Estados Unidos y el Ecuador; encargado de negocios de México y personal de la embajada; representantes de los Franceses Libres y Comité Checoeslovaco, y ministro de Polonia.

Dr. Manuel Marulanda, ex ministro de Colombia en España durante la República; Sr. Hinestrosa Daza, magistrado de la Corte Suprema de Justicia, y esposa; Dr. Alfredo Navia, presidente de la Cámara de Representantes; Dr. Jorge Bejarano, presidente del Instituto Colombo-Británico; Luis Nieto Caballero, ex ministro de Colombia en Ginebra; Agustín Nieto Caballero, director del Gimnasio Moderno y ex embajador de Colombia en Chile; Gustavo Santos, ex embajador en Ecuador, nombrado ahora para el Uruguay; Darío Samper, representante y secretario del Directorio Liberal; Mr. Wise, jefe de prensa de la embajada británica; Roberto García Peña, director de "El Tiempo"; Luis Cano, director de "El Espectador"; Eduardo Zalamea, (Ulises), redactor del mismo periódico; Dr. Restrepo Millán, rector del Colegio Camilo Torres; Dr. Mario Amico, presidente de la Sociedad Mazzini; Arturo Robledo, ex subsecretario general de la presidencia; Antonio María Padilla, ex gobernador de Cundinamarca; Jorge Soto del Corral, alcalde de Bogotá; Alfonso Villegas Restrepo; profesor Gerardo Molina, ex representante de Acción Política; Alberto Galindo, director de "El Liberal"; Héctor Martínez Guerra, secretario general de la policía y ex gobernador de Nariño; Octavio Amórtegui, de la Biblioteca Nacional; profesor Antonio García, de la Universidad Nacional; Raimundo Aguirre, ex ministro de Colombia en Polonia; Abel Cruz Santos, ex ministro; Jorge Velandia, del ministerio del trabajo; Hernando Castilla, ex secretario del Gobierno del Tolima; Severiano Ortiz Nieto, de la Sección Jurídica del ministerio de Trabajo; Otto de Greiff, secretario de la Universidad Nacional; J. Pérez Sarmiento, del ministerio de Relaciones Exteriores; Juan de la Cruz, arquitecto; Hernando Téllez, de "El Liberal"; Garcés Navas, director de la Vivienda Campesina; Luis Alberto Acuña, director de la Sección Artística del Ministerio de Educación, Germán Zea Hernández, gobernador de Cundinamarca.

No es posible reseñar todos los nombres más conocidos, de colombianos y españoles presentes en el acto, pero pueden citarse los siguientes:

Don Enrique García Reyes y esposa; don Luis de Zulueta e hija; don Antonio Trías (catedrático) y familia; don José María España y familia; Prof. don José María Ots y familia; Don Santiago Esteban de la Mora y esposa; Don Carlos Fernández Shaw; don Paulino Gómez (ex ministro) y esposa; don José Prat (diputado y ex subsecretario de la Presidencia); don José Calvet, diputado; don Alberto Fernández Ballesteros, diputado; don Arturo Fernández Noguera, ex director del Timbre; don César de Madariaga; don Pedro del Pozo; doña María y Mercedes Rodrigo; don Urbano González de la Calle, catedrático, y esposa; don Francisco Carreras y esposa; don Antonio García Banús, catedrático, y esposa; Manuel Noguera; José Oriol Guimet; José Villarrubia; general Leopoldo Menéndez; Siro F. de Retana; Francisco Cirre; Ernesto Ripoll, Médico; Carlos Zozaya; Germán Tejero, arquitecto; Luis Cabal; Rafael Izquierdo, Dr. Narciso Comas, Pedro Comas Calvet, Carlos García Reyes, A. Velo, A. Graiño (hijo), V. Barber, Andrés Perea, Jenaro Sánz, Simón Segura, F. Fábregas, M. Fábregas, V. Ritoré, Eduardo Gómez Sáinz, José Roumez, Pablo Vila, José María Recassens, Oliverio Perry, Doroteo González Pacheco, Diego Díaz de Cossio, J. Busquets, Alfonso Domínguez Navasal, Ramón Prats, Manuel Usano, médico, María Pérez Enciso, Jose Silva, Martín Vaz, Gabriel Trillas, Isabel Pérez Ayala; J. J. Jiménez, Juan Méndez; J. Aparicio; A. Alvarez Buylla; J. Pou; A. de Hurtado; Ismael Díaguez; Benito Aranguren; J. Selarés; A. Roca, García Marrón; García del Diestro; Sanz de Jubera; Clemente Arveras; Manuel Beltrán; Maestro Ventura; F. Martínez Dorrien; J. Vicens; Luis Cabalé Sr. Fraduas; Luis Egozi; Germán Saleedo; Pedro Bohigas; Dt. Bulbena; Ramón Minguella; Ramón Prats; Jaime Abadía; Carlos Arturo Arcila Otero; Agustín Duclós; Dr. Rozental; Dr. Benchetrit; Barbero; Eguía; José Vázquez; Bracons; Bonet; Fernández Balbín; Granés; Pedro Sentena; Santiago Torres; Giró; Santiago de Ureña.

En un palco se encontraba el profesor Luis Jiménez de Asúa, acompañando a las señoras de Ureña y Lorencita Villegas de Santos.

Discurso de D. Rafael Ureña

Señoras, señores:

Una vez más, los republicanos españoles acogidos al amparo de esta democrática Colombia que, con su afecto maternal, nos hace tan llevadera las tristezas, las amarguras y las preocupaciones del exilio, nos reunimos para conmemorar la fecha de la instauración de la segunda República en España.

Sean pues mis primeras palabras expresión del profundo agradecimiento de todos nosotros para esta tierra generosa y para el ilustre prócer a quien debemos tantas y tan delicadas atenciones, tantos y tan estimables favores, tantas y tan apreciables pruebas de interés y que, como si eso fuera poco, accede, apartándose de sus múltiples y abrumadoras tareas y relegando a segundo plano, por unas horas, las graves preocupaciones de hombre de Estado, a venir aquí a dirigirnos la palabra sobre una España y una República que, por la manera como las siente, son también un poco suyas.

14 de abril! Esta fecha representa en mi espíritu algo más que el punto de partida de la Historia de España, de una nueva forma de gobierno, algo más que el tránsito de la monarquía a la república; el 14 de abril representa el advenimiento de una nueva era, representa la ruptura definitiva con el pasado, pero no con su historia, representa el despertar del pueblo español que se siente ya dueño incontestado de sus destino.

La monarquía era el 12 de abril una realidad, tambaleante, carcomida si se quiere, pero realidad al fin y al cabo, con todos los resortes del gobierno funcionando normalmente, y dos días más tarde, el 14 de abril, al soplo de una tempestad de pedacitos de papel que no llevan escritos más que unos nombres, pero eso sí, expresivos de la voluntad del pueblo, aquella realidad desaparece.

Monarquía! 14 de abril!, una idea y una fecha.

La primera representa la España de hace siglos, la España de ayer, la España de la tradición, de la grandeza, de la intransigencia, la España que cifra su ideal en perpetuar el pasado aunque fuese entre ruinas; la segunda representa la novedad, el pueblo español, la condescendencia, la comprensión, la tolerancia; es el anhelo de mejoras, es el ansia de edificar una patria nueva, también grande, pero abierta a todas las luces, a todos los progresos, a todas las justas reivindicaciones.

Y el 14 de abril esa aspiración tan legítima y durante tantos años acariciada logra por fin el pueblo español convertirla en realidad; pero esa realidad durará, desgraciadamente, el espacio de unas horas —dos años.—

Porque hay que convenir, señores, en que la República, concebida como fórmula de política nacional, muere y fenece cuando en septiembre de 1933, se entrega el poder al lerrouxismo.

En efecto, bajo el título de política republicana existen tres épocas perfectamente diferentes que responden a tres orientaciones distintas:

La primera es la única etapa auténticamente republicana, la única que encarnó el espíritu renovador que tenía la fecha que hoy conmemoramos, y es la comprendida entre el 14 de abril y la disolución de las Cortes Constituyentes.

La segunda es la época de la desnaturalización, de la mistificación y, si se me permite la expresión, del escamoteo de la República, época que va desde el triunfo de las derechas, en noviembre de 1933, hasta el triunfo del frente popular; del frente popular que significa una suprema coalición de defensa, un esfuerzo supremo y necesario para tratar de salvar el contenido de la República; y como la defensa presupone un ataque, el triunfo del frente popular no podía surgir en la aurora sonriente de un 14 de abril, sino en un ambiente hosco, ceñudo, en una atmósfera saturada de electricidad precursora de la más espantosa de las tormentas; es decir, que el frente popular triunfa en un ambiente de guerra civil preparado y caldeado por las derechas.

Esa tercera época es el período en que la República, asfixiada, oprimida, acosada y atacada por sus enemigos de dentro y de fuera tiene que limitar su actuación a defenderse sola, abandonada, incomprendida, escarnecida por la propaganda a sueldo de intereses inconfesables; es la época de la epopeya del pueblo español que lucha y muere con denuedo y heroísmo inigualados en defensa de sus libertades, de su derecho imprescriptible a disponer de sus destinos y de una causa que meses más tarde será la misma por que tendrán que luchar las democracias europeas puestas, por su ceguera, en trance de perecer.

Y nosotros aquí en el exilio, en medio de nuestras amarguras, de nuestras inquietudes y de nuestras preocupaciones, templadas por este ambiente de afecto que nos rodea, tenemos la obligación de seguir cumpliendo con el deber, hijo de nuestras convicciones, de no apartarnos espiritualmente, ni por un momento, de la España que pena y sufre allá, de esa España que, sin haber conocido más que por un breve tiempo lo que es la libertad, está siempre dispuesta a sacrificar en aras de ese ideal hasta el último de sus hijos, y por eso es por lo que nos reunimos hoy aquí para conmemorar esa fecha inolvidable.

Fecha inolvidable que este año tendrá en esta magnánima Colombia una conmemoración digna de su grandeza y una repercusión mundial gracias a la deferencia que este demócrata insigne que se llama el doctor Eduardo Santos —que tanto sintió y que tan bien comprendió con su espíritu tan profundamente humano la tragedia española— ha tenido de venir hoy a enaltecer con su intervención este aniversario, honrando con ella a la República Española y a nosotros los republicanos en exilio.

Discurso del Dr. Eduardo Santos

Señor de Ureña, señores ex ministros de la República Española, señores Diputados a Cortes, señoras y señores:

Catorce de abril de 1931! Permitidme que evoque aquí, para comenzar, algo absolutamente íntimo: A principios de aquel año pensaba yo ir a Europa y mi madre, que era una mujer admirable, y mi mejor amiga y consejera, me precedió en algunas semanas por el deseo de pasarlas en España; y el 14 de abril, hoy hace trece años, la primera noticia que yo recibí —yo que había sido hasta hacía poco Ministro de Relaciones Exteriores—, fué un cable de ella que desde Madrid me decía: "Proclamóse la República. Feliz, abrazóte".

Era el sentimiento vivo de esta América española, liberal y democrática que compartía la felicidad del pueblo español en el día de su resurgimiento. Admirable primer día, que quedará en la historia de la humanidad como uno de los más hermosos y claros, como una fiesta de libertad y democracia que quizá no tendrá paralelo. La república nació al impulso exclusivo del pueblo español, y nació grande y generosa y honrada, sin rencores y sin odios, cubriendo toda la extensión del territorio hispánico y abriendo los brazos a cuantos habían creído en España para que retemplaran su fe en ella y se aprestaran a nuevos esfuerzos.

COMO NACIO LA REPUBLICA

Cuánta serena hidaguía española en ese día que era culminación de bravas luchas. Cuando ya el Rey don Alfonso había salido para Cartagena en busca del destierro y del olvido y no quedaban en el Palacio Real sino una augusta señora y sus hijas, abandonadas ya por los cortesanos, alguien alarmado pidió al ministerio de la gobernación —donde había ya un ministro republicano— protección para ese Palacio Real en donde una ex-reina podía ser víctima de las iras de un pueblo emancipado. Y ese ministro no envió fuerzas, no envió tropas; envió unos cuantos obreros que llevaban al brazo la divisa tricolor de la república y que con breves palabras y sencillos consejos mantuvieron a la multitud respetuosamente alejada de ese Palacio en donde una mujer se aprestaba para dejar el suelo español. No hubo un irrespeto, ni una palabra injuriosa, ni nada que no fuera digno de la vieja hidalguía castellana. Así nació la república, en un desborde de esperanza magnífica, de resolución y de coraje, de alegría infinita que cubría todas las tierras españolas y levantaba todas las almas españolas. Hermoso día de fe, hermoso día de cultura, admirable día de idealismo.

Recuerdo una página dolorida en que un grande hombre mártir también él, Julián Zugazagoitia, asesinado que no fusilado cuanyo la su sacrificio era inútil, evoca las últimas horas pasadas trágicamente bajo las bóvedas del Castillo de Figueras, oyendo por última vez hablar de España Libre, y el oírlo bastaba para que en la mente de Zugazagoitia se acumulara todo el panorama de esa tierra suya que no habría de volver a ver sino para morir.

Releyendo esas frases de Zugazagoitia, pensaba yo también que en aquellas horas del 14 de abril a las mentes españolas y a los corazones españoles de hombres y de mujeres, debieron venir de todos los rincones de la península y de todos los recuerdos de la historia española, ecos y sensaciones y visiones que les ensanchaban el espíritu. Rumor de mieses en Castilla y barcas pescadoras azotadas por las rachas del Cantábrico, jota de segador, andadura de merinos por Extremadura, temblor de álamos a orillas del Duero, heroicas gestas de Asturias, verdes campiñas del país vasco, cantares de Andalucía, sierras azules del Guadarrama, huertos perfumados de Valencia, grandezas de Aragón, esplendor del Mediterráneo sobre las costas catalanas, vastos silencios de la Mancha, ternuras de Galicia y zorzicos y sardanas y malagueñas, y los grandes ríos que corren hacia el mar cargado de historia y de poesía: el Tajo, el Ebro, el Guadalquivir... Era toda la España que al fin se despertaba y que al fin iba a vivir. Y esa España se miró en el espejo de la república y se encontró fuerte y hermosa y animosa, y por eso fue generosa y grande, y por eso al través de todas las tierras de América su advenimiento fué saludado con júbilo y con orgullo como el principio de una nueva era en que todos habíamos de participar.

¿Y cómo nació esa república? El catorce de julio siguiente, cuando se inauguraron las Cortes Constituyentes, hijas legítimas de la voluntad del pueblo español, don Niceto Alcalá Zamora, el primer presidente de la República, —otro hombre que cuando pasen las obscuridades del presente y cuando se olviden sus fallas y sus defectos también tendrá que ser recordado con respeto y con gratitud por el pueblo español— don Niceto Alcalá Zamora, en el primer acto oficial de la República ante las Cortes Constituyentes, decía con visión extrañamente profética algo que no se puede olvidar:

"El Estado español renace, no como Estado satélite, sino como Estado soberano que es dueño de sus destinos; sin haber incubado el nido de la revolución fuera del territorio de la patria; permanece fiel a todas sus amistades, leal a todos sus compromisos y tratados, consecuente en la orientación de su política exterior; pero por actos de autodeterminación, de soberanía plena, sin que le impulse ningún compromiso de nacimiento que mediatizara la independencia del Poder con ingerencias de un gobierno extraño.

"La República Española nace libre de otra influencia mediatizadora, la más frecuente y más innoble: la mediatización del capital usurario que acude a los focos de conspiración brindando un auxilio que representa la hipoteca económica del país, el compromiso de su orientación financiera. Malditos sean semejantes convenios, mil veces más execrables cuando comprometen la integridad de una renta, el trato de una industria el goce de un monopolio, la concesión de un favor ilimitado. Y la República española nace tan libre y dueña de sus destinos económicos, que a nadie debe nada ni prometió nada, porque fueron tan hon-

rados todos que no necesitando comprar a nadie no necesitó venderse a nadie, y la generosidad de los que colaboraban, con la modestia de los que otorgaron su concurso, hicieron el prodigio de que la República española no tenga empresario, banquero ni capitalista.

"Libre la soberanía de todo caudillaje militar, que fuera el amparo indispensable, pero también la sombra amenazadora de todos los cantos liberales de la historia de España".

Y COMO MURIO LA REPUBLICA

Pensad por un momento en el contraste de cómo nació la República y cómo murio. Nació libre dentro de la alegría y la pureza y la verdad, hija legítima y orgullosa de la voluntad popular, y murió, ella que había nacido mirada con respeto y desde lejos por los militares, murió a manos de una rebelión auspiciada y organizade desde Berlín y desde Roma. Murió a manos de quienes habían jurado lealtad y obediencia al gobierno y se sublevan contra él; murió a manos extranjeras, porque una vez más volvieron tropas extranjeras a acabar con las libertades españolas. No eran ya los cien mil hijos de San Luis. Eran los hijos de Hitler y Mussolini y por extraña venganza de la historia, como un castigo a una de las peores faltas de España que fué la expulsión de los moriscos, volvían los moros; volvían los moros a acabar con los españoles. Volvían los moros al servicio de una dictadura militar contra la dignidad de España.

El catorce de julio, don Niceto Alcalá Zamora y sus ministros y las Cortes Constituyentes pasaban en revista un ejército libre y sereno y obediente. Y años después, el Generalísimo vencedor también pasaba una revista escoltado por los vencedores de Anual, cuyos blancos alquimeces hacían una extraño contraste con el modesto uniforme del soldado español, y escoltado por los vencidos de Guadalajara, y escoltado por quienes desde los cielos vascos habían cometido sobre Guernica la mayor de las iniquidades y habían sembrado esos vientos que hoy caen como tempestades sobre Berlín y sobre Nuremberg.

No podríamos está noche recordar la pasión y muerte de la República. Apenas estamos reunidos para conmemorar su nacimiento glorioso. Después de ese nacimiento, cuántos dolores y cuántas tragedias y cuánta amargura! Esa república que había nacido sin capitalistas, veía erguirse contra ella la sombra siniestra del último "pirata del Mediterráneo" y los capitales de don Juan March acababan con la obra limpia de los hombres de la república.

Esa república, nacida dentro de la fraternidad caballeresca, sin persecuciones ni venganzas y que dejaba ancho y libre el paso para que salieran los últimos Borbones, moría entre la amargura y el dolor de un millón de españoles torturados en las cárceles o perdidos en el destierro, y los cantos del 14 de abril eran reemplazados por el eco incesante y monstruoso de los fusilamientos. Esa república que nació con un nuevo criterio de la vida, caía acometida por la vieja política envenenada con todos los males. Fué víctima, entre otras cosas, de esos extraños odios fraternales que impiden el acuerdo de los que llamados a unirse por todas las razones y llevan a los que no tienen fe ni tienen ideal, a buscar el concurso del enemigo contra el hermano. Yo no sé sin don Alejandro Lerroux haya muerto o nó; pero si aún vive, cómo atormentarán sus desvelos aquellas horas del segundo bienio en que se entregaba piedra a piedra y paso a paso toda la fortaleza que los republicanos españoles habían conquistado.

Y cuando vino en 1936 el triunfo del frente popular, qué trágica incomprensión la de quienes lo habían provocado y habían creído asegurar así el triunfo definitivo.

La República se vió abrumada por todos los embates de la derecha y por todos los absurdos de la extrema izquierda; se le hizo la vida imposible y no había quién recordara, no con un recuerdo literario, sino como un imperativo de convicción y de acción, aquellas terribles frases de Pi y Margall que en la primera república decía a los que también la hicieron imposible con sus locuras: "No busquéis los conspiradores en los otros campos, sino en vuestro propio desorden y en vuestra propia insensatez". Y no hablemos tampoco de las terribles horas que siguieron. ¿Quién no ha de deplorarlas, y quién no ha de sufrir con ellas? Pero cuando venga más tarde la hora de la justicia y de la definición de las responsabilidades, yo tengo la seguridad de que esas responsabilidades, aún la responsabilidad de lo peor que pudiera acaecer o haber acaecido en la zona republicana, tendrá qué caer sobre quienes sublevaron las fuerzas de la autoridad y dejaron al gobierno legítimo inerme y paralizado; sobre quienes desquiciaron la sociedad y la entregaron al juego incontrolable de las pasiones desencadenadas. Ahí hay que buscar la raíz del mal, y ahí hay que buscar la verdad de la responsabilidad.

Pero estamos conmemorando el nacimiento de la República; limitémonos a evocar este día glorioso entre todos, recordemos aquí a la innumerable multitud de españoles que en la península sufren bajo la tiranía, y esperan la necesaria y justiciera liberación, e inclinémonos ante la memoria de los heroicos soldados de la República que en casi tres años de fiera lucha le ofrendaron su sangre y sus vidas. Si la fe religiosa nos dice que hay que creer en la resurrección de los muertos como suprema esperanza consoladora ¿cómo no hemos de creer también y con fe robusta y enérgica en el resurgimiento pujante y auroral de los vivos? ¿Cómo no esperar y decir y sentir y creer que esta república que nació hace trece años atraviesa apenas un eclipse transitorio, que mañana o más tarde, pero no muy tarde, volverá la bandera tricolor a ser la bandera española y volverá la República a ser uno de los faros encendidos en lo más alto de la humanidad?

EL LAZO HISTORICO Y POLITICO

Pensando yo en lo que habría de deciros para corresponder a la invitación tan honrosa como grata que los republicanos españoles me han hecho creí que no debía limitarme tan sólo a la evocación de lo que la república española representó en el mundo. Pocos acontecimientos humanos han penetrado más hondo en el alma de todas las gentes. En un libro impresionante por la belleza literaria extraordinaria y por los angustiosos problemas que plantea —la autobiografía de Nehru, el compañero de Ghandi—, refiere él cómo en el verano de 1937, perdido en las montañas en el fondo de Asia, al pie del Himalaya, le obsesionaba la suerte de la república española. En medio de esas preocupaciones milenarias de la India, él sentía que en España se estaba jugando una de las cartas definitivas de la democracia universal. Y si eso se pensaba en el fondo del continente asiático, qué habríamos de pensar todos los que veíamos tanto de lo propio comprometido en esa aventura.

Recuerdo que hace unos diez años en París las colonias americanas quisieron proclamar la gloria de su Libertador. Le levantaron una estatua y se prepararon para tributarle un espléndido homenaje popular. Pero querían hacerlo el 17 de diciembre, en el aniversario de la muerte del héroe, y coincidió aquella fecha con una ola de frío que hizo imposible toda manifestación en torno del monumento. No hay oratoria que resista a diez grados bajo cero. Nos reunimos en unas salas del Palacio Municipal de París, espléndidamente acogidos, pero la mala suerte nos perseguía porque una crisis ministerial impidió que contáramos con la gran voz de Eduardo Herriot o de Tardieu y apenas asistió a la inauguración un vago secretario que pronunció ciertas generalidades anodinas que a unos hicieron sonreír y a otros llenaron de indignación. Nuestro vocero, tan cargado de prestigios literarios, como de años y de enfermedades ,apenas sí pudo leer parte de su discurso en voz muy baja y aquello tenía todos los caracteres de un desastre, cuando se nos ocurrió volver los ojos al embajador de la República Española, don Salvador de Madariaga. Le pedimos que improvisara algo, e hizo una descripción fulgurante de la vida y el papel de Bolívar en la emancipación americana y trazó una silueta del héroe que nos llenó de orgullo y salvó esa fiesta y la terminó con una frase que es la que quiero repetir aquí, porque tiene tan honda significación, tan vasto alcance, que debiera ser objeto de meditación permanente: "Me asocio —dijo— fervorosamente al homenaje que se rinde al Libertador Simón Bolívar, y me asocio en nombre de la República Española, que es la última de las repúblicas ibéricas emancipadas de la corona de España". Se establecía así el lazo democrático y político. Se creaba el hecho palpitante de nuestra fraternidad histórica y se destacaba en una frase afortunada y luminosa una de las grandes verdades que han constituído el calvario español.

¿QUE NOS UNE A ESPAÑA?

¿Qué nos une esencialmente a la república española, y a España? Nos une, creo yo, nos debe unir cada día más, el hecho de que en la base de la vida española y del pueblo español existe un hondo sentimiento de democracia y de libertad, que es lo que los ilumina a través de todos los siglos. Esa historia de un pueblo tiranizado por tantas centurias, es en el fondo una historia de democracia auténtica y vigorosa y de libertad sometida y acallada, pero nunca desaparecida. Yo quisiera que algunos de los profesores españoles que nos visitan, nos expusiera aquella manera prodigiosa como a lo largo de la edad media española van naciendo la libertad y las instituciones democráticas en tierras de España, cuando en otras partes ni siquiera se sospechaban. Esa historia española de esa época en que se elabora la nacionalidad es una constante lucha por crear instituciones libres en que estén directamente representados los pueblos. Por dar a las provincias representaciones auténticas en las cortes; por fortalecer los municipios creando las libertades de las comunidades de toda España; por acentuar la personalidad del pueblo español, tan recia y característica, tan profundamente arraigada en sentimientos de dignidad, de igualdad, de libertad, tan hostil a la uniformidad obligatoria, a la imposición altanera, a la sumisión humillante. Si se ha dicho con verdad que el ideal prusiano se condensa en el famoso "marchiere zuzameen", marchar juntos a compás, el ideal español es al contrario, un ideal de autonomía, de propia voluntad llevada hasta la indisciplina, de señorío individual que no gusta de sometimientos, que ama por sobre todas sus cosas aquello que le permite ensanchar y afirmar su personalidad en lo privado, en lo regional, en lo nacional.

Y al lado de eso, el sentimiento íntimo de dignidad que hace incompatible con la vida española el sentimiento del servilismo; que crea siempre entre superiores e inferiores, entre amos y criados un inconfundible espíritu de igualdad democrática y claros lazos de humana amistad. Amigos, más que otra cosa, eran Don Quijote y Sancho y la jerarquía nunca impidió entre el caballero y su escudero ese trato de franca llaneza que es rasgo característico de las costumbres españolas.

UNA ESPAÑA DEMOCRATICA

Antes del siglo XV España crecía con pura savia española y por eso surgía, de una manera casi inconsciente, como brote espontáneo surgido de las entrañas mismas de la tierra española, esa serie de instituciones que iban creando la vida democrática y parlamentaria, cuando aún ni siquiera se pensaba que ella pudiera existir. ¿Puede pintarse ese como un esfuerzo igual de ascenso paulatino y ordenado? No. En manera alguna. Es el brote que aquí y allá dan la vitalidad española y el liberalismo español, para crear instituciones que limiten la voluntad de los poderosos; para delegar en las Cortes que en tantas partes se reunían, los poderes soberanos de los pueblos ansiosos de limitar el poderío de reyes y de nobles; para establecer normas grandes y chicas, desde la limitación de los gastos excesivos que pudieran imponer a los municipios las visitas reales y que los cabildos municipales limitaban a cifras pequeñas acordes con su propia austeridad, hasta reservarse el derecho de votar los grandes gastos del Estado para que ellos no quedaran sujetos a la arbitrariedad de los poderosos.

A todo lo largo de España surgen las Cortes, teniendo a cada paso manifestaciones espléndidas. Se llega a hacer reyes por elección, reunidas las Cortes de Cataluña, Valencia y Aragón, para decidir a quién escogen como más digno. Se le dice al rey de Aragón que estará siempre sujeto a las leyes y no lo será sino mientras así proceda. Se crea en Aragón como una de las más admirables instituciones de la historia, aquella justicia independiente y soberana que no se inclinaba ante nadie y ante la cual se tenía que inclinar el rey, porque el Justicia mayor de Aragón fallaba pleitos entre el rey y los nobles y los falalba con autoridad soberana.

Y cuando eran españolas las reinas de España, Berenguela y doña María de Molina, cómo se les ve buscar el apoyo democrático de las instituciones populares para la defensa de su tierra y de su gobierno; y cómo va creciendo esa voluntad democrática del pueblo español, vigorosa y pujante hasta cuando llega la hora trágica del extranjero, hasta cuando España pierde su camino y pierde su destino y toda esa obra democrática y auténticamente española de la Edad Media cae en manos de los Austrias y cae en manos de los Borbones.

Llegan los reyes extranjeros que apena si sabían hablar español, y se traen ideales extranjeros abiertamente contrarios al ideal hispánico y empiezan a morir una a una las libertades españolas. La más grande derrota de España no es la batalla de Rocroi en que perdió todo su prestigio esa infantería que se creía invencible. Es la escaramuza de Villalar, en que perecieron las libertades castellanas. Es la derrota de esas libertades que una a una fueron pereciendo a manos de la monarquía absoluta y extranjera. Perecen las comunidades en Castilla y es decapitado el Justicia mayor de Aragón y mueren las libertades aragonesas. Y cuando vienen los Borbones franceses, mueren las libertades catalanas y va muriendo todo el espíritu liberal español y el espíritu auténticamente hispánico para ser reemplazado por extraños criterios y con normas tiránicas de ciego unitarismo, que arrasan toda la obra de cuatro siglos de espíritu español.

Cuán trágicamente se torció la historia de España precisamente en la hora de culminar la grandeza española con la toma de Granada y el descubrimiento y conquista de América y la unión de los reyes católicos. La unidad hispánica, ibérica, dentro de una amplia autonomía inteligente que reconociera el hecho rotundo de las diferencias regionales, y se basara en el reconocimiento leal de sus fueros, de sus derechos y libertades, de sus características; el aprovechamiento de ese tesoro maravilloso que era América, hecho con el criterio de libertad, autonomía y colaboración; el mantenimiento y robustecimiento de toda esa serie de instituciones democráticas, igualitarias y populares que estaba creando confusa y potentemente España como la expresión más vigorosa, auténtica y fecunda de su ser íntimo y de su máxima virtualidad, ese era el derrotero natural de la evolución ibérica, de la grandeza española que entonces sí hubiera merecido todos los ditirambos que más tarde se acumularon sobre las glorias fugaces de empresas encaminadas a tristes catástrofes irremediables.

Si hay algo en que estén acordes todos los historiadores españoles que merecen el nombre de tales, es que cuando España, al impulso de los Austrias y de los Borbones y de las intrigas dinásticas y de los pleitos familiares y de las codicias de las casas reinantes, salió de España para jugar imposibles cartas europeas, y soñar en una hegemonía continental basada en intereses monárquicos, empezó a perderse. Llegó a un zenit de gloria extraordinaria bajo Carlos V, primero de España y quinto de Alemania, pero una gloria artificial que era como un engaño a los esfuerzos españoles. A España, con una diabólica habilidad, le cambiaron la frase romana de los tiranos que querían dar a los pueblos, para mejor esclavizarlos, pan y juego, y le ofrecieron con el mismo propósito, gloria y fe; bajo esas banderas fue España a todas esas aventuras europeas en que poco a poco fue perdiendo cuanto había creído alcanzar; y se perdieron todas las fugaces conquistas y se perdió Flandes y se perdió Italia y se perdieron las provincias francesas, y donde se había querido extirpar el protestantismo, en Holanda y en los Países Bajos y en Inglaterra se le afirmó con el abono máximo de la persecución. Y al fin y al cabo la única nación conquistada fué España: la única nación que los reyes extranjeros pudieron conquistar a despecho de su alma y de su espíritu, fueron esas tierras de Vizcaya y de Aragón y de Navarra y de León y de Castilla y de Valencia y de Cataluña.

Situación trágica que permitía a un ingenio decir que la grandeza de la monarquía era como la grandeza de los hoyos que son más grandes mientras más tierra les quitan. Tragedia que permitió a don Joaquín Costa, en uno de esos arranques de desesperación sublime en que toda su pasión de patriota español se exteriorizaba en una amargura sin límites, decir a la monarquía española que había practicado a la maravilla el arte de hacer una nación chica de una nación grande.

Todo lo había perdido en cuatro siglos la monarquía española, y don Antonio Maura, que era también grande dentro de sus defectos innegables, lo reconocía así en 1902, cuando decía: "Pudimos tener una política europea o una política africana o una política americana y no tuvimos ninguna y lo hemos perdido todo".

Porque a los 250 años de haberse apoderado Carlos V de España y de gran parte de Europa, nada quedaba de esas conquistas. Fernando VI en 1750 ya tan sólo gobernaba en la tierra española, amputada de Gibraltar y amputada de Portugal. Y para que la tragedia fuera más grande, también se había perdido bajo la tiranía de las monarquías extranjeras la verdad española, que era una verdad de variedad y de libertad. De lo que por razones tan claras era vario y tenía que ser considerado como asociación de libres fuerzas unidas por un ideal superior pero diferenciadas por tantas cosas innegables y evidentes, la monarquía española quiso hacer una cosa única, humillada e inerte, pasiva y absorta en cosas del más allá que era una de las maneras de quitarle las de aquí abajo.

Felipe II, en una de esas frases que revelaban toda su alma, dijo alguna vez: "Yo quiero una nación sumisa y silenciosa", es decir, que no quería a España. Porque ni sumiso ni silencioso puede ser el pueblo español. Y sin embargo, tres siglos de opresión lograron un espíritu que culminó cuando a Fernando VII el claustro de la Universidad de Cervera le decía en uno de esos homenajes para los cuales no hay calificativo: "Lejos de nosotros, señor, la peligrosa novedad de discurrir"; ese claustro de Cervera hacía eco a los desgraciados que en las calles gritaban: "Vivan las cadenas".

LAS FUERZAS ETERNAS

Pero ¿había acabado toda esa opresión brutal de la monarquía despótica con el anhelo de libertad del pueblo español? Absolutamente no. Cuando pudo resurgir España en las Cortes de Cádiz ¿qué fué lo que se vió allí? Se vió cómo ese río de libertad y de dignidad que de tántas centurias venía, había estado soterrado, pero no se había secado ni extinguido: resurgía, resurgía con fuerza espléndida y con vigor extraordinario. Esas Cortes y las posteriores del 69 y las de primera república y las del año 31, reivindicaron para el espíritu español y para la dignidad del pensamiento español todos sus fueros. Surgieron los oradores y los pensadores y surgieron los espíritus orientadores y surgieron los que comprendían la verdad española, los que reclamaban la variedad y los que exigían la libertad.

No se podía matar, y no se mataba, ese espíritu libre y democrático y realista de España que anima todas las manifestaciones de la vida española.

EL ARTE Y LA LITERATURA DE ESPAÑA

¿Os habéis fijado, por ejemplo, en lo que constituye la esencia de la literatura y el arte español? Cuando suben a las más altas cimas es cuando se identifican con el pueblo y se aplican a desentrañar la verdad de la vida española, cuando reflejan lo que palpita en el alma de los españoles. Cuando crea el teatro Lope de Rueda y cuando más atrás el autor desconocido de la Celestina lanza la obra maestra para mí del teatro español y la primera obra teatral verdaderamente eterna de la historia moderna, son grandes porque van a la entraña del pueblo; porque quieren interpretar a los hombres y mujeres de todos los días; porque no hacen cosas cortesanas con refinamientos elegantes, sino que quieren interpretar el fondo mismo del alma de las gentes entre quienes viven. Y esa es la grandeza de Cervantes, y esa es la grandeza de Calderón en el "Alcalde de Zalamea", y esa es la grandeza de Lope a tra-

vés de sus dramas y comedias, y esa es la grandeza amarga de Quevedo, y esa es la grandeza prodigiosa de Pérez Galdós: que encarnan el alma de su pueblo y lo representan. En esas obras maestras de la literatura española, el personaje principal no es esta dama o aquel galán, sino el pueblo español que vive y crece y lucha y sufre. Y tan sólo falta a ese pueblo para que sus hombres sean grandes entre los grandes y no le cedan el puesto a nadie sobre la tierra, el haber tenido una mejor altura para destacarse. Por qué hablar tanto de Balzac y de Dickens, cuando Pérez Galdós los supera en lo gigantesco de sus creaciones que auténticamente reflejan la vida de un pueblo entero?

Y si vamos a ver la pintura, esa prodigiosa pintura española, superior quizá a todas las otras, se ve también que su mejor mérito está en la interpretación de la verdad y de la realidad y de la entraña misma de España. Las Hilanderas de Velázquez, los cuadros de Murillo y de Rivera, ¿qué son sino un reflejo directo de la vida de un pueblo que trabaja y que lucha? Cuando otros pintores de corte retratan a los monarcas y les dan aires de conquistadores y arrogancias marciales, Velázquez nos transmite para la eternidad toda el alma sensual débil, indolente e incoherente de Felipe IV. Si uno quiere seguir los lineamientos de la decadencia española, no tiene sino que volver la vista a aquel personaje "todo de negro hasta los pies vestido", para ver cómo el pincel implacable de Velázquez fijó allí la indecisión, la incomprensión y la incapacidad. Y cuando España padecía la vergüenza de Carlos IV y de doña María Luisa, la vengó el pincel de Goya en una de las páginas más hirientes y agresivas que pueda presentar pueblo alguno con aquel cuadro inmortal de la familia real. Toda la degeneración y toda la decadencia de ese régimen que se hundía están allí presentadas con un acre espíritu vengativo, por uno de los más grandes artistas que la humanidad haya producido.

Sin duda muchos de vosotros conocéis la maravillosa sala de la Sociedad Hispánica de Nueva York, que ostenta los cuadros en que Sorolla evocó la vida española. Cuadros todos de intensa y honda significación popular, de intenso sabor terrígeno, inspirados en las vidas modestas de los campos y del trabajo. No se ven allí los esplendores de Aranjuez ni las elegancias palatinas, sino el tipo recio del español que vino a América con Pizarro o con Belalcázar, o que peleó con don Juan Martín en la guerra de independencia o que baila las danzas típicas en las plazas de Navarra o de Murcia o que llena con sus pardas capas las mesetas castellanas. No brillan allí el lujo ni la riqueza, pero sí la verdad y la energía, y la alegre belleza y el paisaje severo y el extraño ambiente de dignidad que es como la aureola indestructible de la gente hispánica.

Libertad, democracia, sentido de la vida real, anhelo de la propia determinación, derecho a hablar y a vivir cada uno conforme a sus deseos y a los derechos que puedan respaldar esos deseos, es lo que nosotros hemos visto en la vida española y lo que hacia ella nos atrae y lo que tenemos que esperar de ella en el porvenir.

LA CONQUISTA DE AMERICA

Y cuando piensa uno en todas esas épicas hazañas españolas a todo lo largo de las tierras de Europa, en todo lo que hicieron con grandeza incomparable, porque hay que reconocerlo así, los tercios españoles, equivocadamente dirigidos, pero con heroísmos ilimitados, no puede menos de pensar en un caso extraño de la historia de España, que es la epopeya de América.

El caso de América es singular. Porque, ¿quién conquistó a América? ¿Fué acaso la corona de España? No. La corona de España no se reservó sino la propiedad de esa América que estaban conquistando con arrojo y decisión y visión incomparable los españoles. Porque fué el pueblo español el que se volcó sobre América en una hazaña que constituye uno de los más grandes títulos del hombre para declararse ser superior. Cuando los españoles venían a América no venían los grandes señores, ni eran expediciones preparadas con magnificencia extraordinaria. Eran, como dijo el señor Caro, en su traducción de Heredia, "Una banda de halcones cansados de miseria hosca y sombría"; un mundo de muchachos, segundones sin fortuna, plebeyos de todas las regiones de España, pobres diablos que a codazos se abrían campo en las frágiles carabelas que venían para América y que al llegar aquí sentían tal impulso de grandeza española y tales ímpetus de creación y tan gigantesca energía que creaban ellos solos este imperio magnífico de que la corona española no se dió nunca cuenta.

Hay datos impresionantes sobre ese esfuerzo. A Colón se le dieron tres flacas embarcaciones para que realizara la máxima aventura. Y al mismo tiempo, para las bodas de la princesa Juana con un príncipe austriaco, la corona española alistaba ciento treinta barcos y deslumbraba a Europa con el brillo de su magnificencia. Y mientras para descubrir estas tierras se donaban, tras mucho bregar, 2.600 coronas, a la princesa Juana se le daban doscientas mil coronas de oro como dote.

Y cuando venían estos españoles mas o menos ignorados y creaban este imperio magnífico, ¿se daban cuenta los gobernantes españoles de lo que aquí se estaba haciendo? ¿En dónde están los homenajes que allí se rindieron a los que hoy se destacan como los hombres más grandes que España haya producido? Allí se admiraban mucho los tercios que en Flandes y en Italia se cubrían de gloria inútilmente, y el Gran Capitán rendía todos los corazones y los generales que derrochaban el heroísmo en derrotas sucesivas volvían cargados de honores y de títulos a la Corte de España, y los cronistas oficiales tocaban en su elogio todas las trompetas de la fama. Y entre tanto, por estas tierras, Hernán Cortés y Balboa y Pizarro y Jiménez de Quezada y Belalcázar y Pedro de Valdivia y Pascual de Andagoya y Bastidas y Heredia y Hernando de Soto y Pedro de Mendoza y Diego de Almagro y Jorge Robledo creaban una nueva España en un nuevo mundo, y lo hacían con una violencia que puede merecer muchas censuras, pero que era una violencia creadora, porque así como se precipitaban a la lucha con ferocidad sin límites, se daban íntegramente a las tierras que querían conquistar y las poblaban y se fundían con ellas y las dominaban, pero se hacían a la vez hijos y padres de esta nueva España que estaban creando y le daban su espíritu y le infundían sus energías.

COMO SE PERDIO AMERICA

Así crearon los españoles, el pueblo español, la democracia española, los descamisados españoles que no tenían qué hacer en España bajo la monarquía, y que nunca vieron sus esfuerzos reconocidos por ella, así crearon esta América y así se la ofrecieron a la corona que nunca supo qué hacer con ella. Porque sufrimos la misma suerte que sufrieron los países de España; porque se nos trató con el mismo criterio de que no hubiera libertad ni autonomía ni independencia de la personalidad, sino lo que quería Felipe II, un pueblo silencioso y sumiso, y así se fué perdiendo América torpemente. Uno de los fenómenos raros de la historia española es el de que estas independencias de los pueblos americanos no crearon nunca en España la emoción, el dolor, la desesperación que han debido crear. Marcelino Domingo decía alguna vez: "América fué la tierra prometida al hombre de audacia; fué más tarde la colonia retenida, pero nunca fué la aspiración meditada de un Estado que comprende sus finalidades históricas. España había gastado las energías en las locas empresas de esta tierra adentro".

La corona española en la hora decisiva de la historia de España no se dió cuenta de que más allá del mar tenebroso los españoles estaban abriendo un campo de acción que no tenía rival en el mundo. Quisieron aprovecharlo sólo para explotarlo en servicio de sus locas empresas europeas. Pero lo ignoraron y lo fueron perdiendo y lo perdieron al fin poco a poco, una región tras otra, hasta llegar al 98, cuando perdieron a Cuba y Filipinas y Puerto Rico sin que España, a pesar de las voces proféticas y apasionadas y constantes de hombres como Pi y Margall, hubiera querido comprender que había errado el camino en América; que lo que había podido ser para ella bienandanza extraordinaria, se había convertido en motivo de dolores y de vergüenza. Y así se perdió América.

Suele tener la Historia crueldades singulares. Cuando el genio español culminó con la reconquista de su suelo, con sus instituciones democráticas nacientes, seguramente deficientes aún, pero claramente orientadas en el sentido de su destino, y con la espléndida conquista de América, lograda por el esfuerzo heróico del pueblo español, entonces, precisamente entonces, vinieron las dinastías de origen y espíritu extranjero a torcer el curso de la historia de España, y a enrumbarla hacia cuatro siglos de derrotas. Lo que el genio español creaba, la monarquía absoluta e incomprensiva lo destruía. Las energías que en España y América han podido crear una obra no superable, se perdieron locamente en aventuras dinásticas y religiosas en los campos de Europa, en persecución de fines imposibles. Y ese es el balance que la monarquía de los Austrias y de los Borbones pueden presentar a la admiración y gratitud de los pueblos.

LOS EXILADOS ESPAÑOLES

Y ahora, señores españoles exilados, ahora tenemos que por tercera vez corren por tierras americanas ríos de sangre española. Corrieron primero en las épocas de la conquista, fecundizando con la más vívida audacia estas tierras adormecidas. Y más tarde, en la era de la emancipación, ríos de sangre en nuestras luchas para afirmar la libertad y la independencia y la autonomía a que nosotros y vosotros teníamos derecho. Aquí la tiranía fernandina fusilaba a Caldas y a Camilo Torres y a García Rovira. Pero al mismo tiempo fusilaba en España a don Juan Martín el Empecinado, cometiendo el más infame acto de ingratitud que haya cometido monarca alguno, y fusilaba a Porlier y al general Lacy, y fusilaba a Torrijos y a sus compañeros, y fusilaba a Mariana Pineda, y fusilaba a todos los que pedían libertad, independencia y decoro. ¡Si se nos trataba con el mismo criterio y se nos medía por el mismo rasero!...

Sí, nosotros nos habíamos emancipado, pero esa última república ibérica seguía sometida a la corona de España y seguía padeciendo lo que nosotros habíamos padecido, y vuelve a padecerlo ahora. Y viene ahora aquí esta tercera emigración de sangre española; de sangre generosa y viva; porque vosotros, todos los desterrados españoles que desde México hasta el extremo de nuestra América meridional habéis venido aquí en busca de seguridad para vuestras vidas, y habéis encontrado unas nuevas patrias. Y se está verificando un doble proceso de conquista, porque nosotros tratamos de conquistaros y vosotros nos estáis conquistando. Nos estáis conquistando con el ejemplo de un vida austera y digna; de esa vieja dignidad española que no se inclina y que sabe esconder muchas veces las máximas necesidades bajo el manto del máximo decoro; nos estáis conquistando con la laboriosidad, con el amor a la libertad, con la fe en la democracia, y al mismo tiempo nos estáis conociendo en nuestras cualidades y en nuestros defectos, y estáis viendo, como vemos todos nosotros, que en el porvenir hay que reconstituir esta unión que quisieron hacer los primeros conquistadores españoles, y que la monarquía no entendió y que la república tiene que realizar. La unión de todas estas repúblicas dentro de un común ideal de defensa de la personalidad humana, de defensa del sentido democrático de la vida, de defensa de la libertad auténtica del espíritu.

EL PANAMERICANISMO Y LA HISPANIDAD

Hoy se celebra también el día de las Américas, y yo soy de los que creen que la piedra angular de la política internacional de Colombia es la política pan-americana y la amistad con los Estados Unidos. Pero al lado de eso, que es un imperativo de la geografía y la economía y una grande aspiración de la cultura, tenemos todos los lazos de la sangre y del espíritu con los españoles que nos dieron vida y que modelaron nuestra fisonomía espiritual. Y si se nos ofrece la hispanidad nacida en el Instituto Iberoamericano de Berlín, se nos ofende o se levanta delante de nosotros una amenaza. Pero si se establece la solidaridad de nuestras repúblicas, entonces tendremos en Europa la mejor avanzada de nuestra cultura y de nuestro espíritu.

LO QUE PUEDE SER PARA AMERICA LA REPUBLICA ESPAÑOLA

Y si la república española es, como tiene que ser, una república francamente liberal e intensamente demo-

La Conferencia del Dr. Eduardo Santos

"Desde que salimos de España, nunca la había sentido tan cerca", dijo alguien a mi lado entre el estruendo de los aplausos que resonaban al final de la conferencia pronunciada por el doctor Eduardo Santos, en el Teatro Municipal, el día de ayer, 14 de abril, aniversario de la proclamación de la República Española.

Nadie mejor en efecto, que este insigne colombiano ha entendido a España con esa comprensión íntima que nace, a la vez, de la mente y del corazón; nadie con mayor claridad que él ha percibido el auténtico carácter del pueblo ibérico, la línea directriz de su historia, su relación con América, las causas de su crisis nacional en la edad moderna, lo que fué ayer y lo que puede ser mañana la República.

"Hay que estar fuera para ver lo de dentro", se ha dicho con una profunda paradoja. Los españoles —por otra parte, más pasionales que comprensivos, más imaginativos que observadores— estamos demasiado dentro, demasiado en la entraña de nuestra patria. No la entendemos a veces ni ¡ay!, nos entendemos entre nosotros. Pero tampoco saben verla, por lo común, los extranjeros. La ha visto ahora admirablemente Eduardo Santos, un estadista americano que no es un español ni, para nosotros, es un extranjero; que está, a la par, dentro y fuera de España: fuera porque la contempla desde su propia patria colombiana, a miles de millas de distancia; dentro, porque por la estirpe, la lengua y la cultura, se halla compenetrado con el alma española.

El carácter esencial del pueblo español es su hondo sentido democrático. Ortega y Gasset ha escrito aunque quizás con una interpretación adversa, que a través de toda la historia de España corre de punta a punta este grito: "Todos iguales!" No es, a mi juicio, que en España no haya jerarquías, ni que, en ciertas épocas, no hayan sido rigurosamente acatadas. Es que el español, aún cuando respete las jerarquías sociales, lleva anclada en el fondo de la conciencia la convicción de que todos, magnates o plebeyos, somos, al cabo, hijos de Adán hechos con el mismo barro de la tierra y animados por el mismo soplo de Dios.

Hoy mismo, si en España un personaje se detiene en la carretera, a causa, por ejemplo, de una avería del automóvil, el pobre labriego que llega a prestar ayuda al viajero le habla con sencilla dignidad, con nobleza, como entre iguales, sabiendo que, si bien los rangos son distintos, en puridad, de hombre a hombre no va nada.

Esa democracia espontánea, consustancial con el español, médula de su organismo social, debería encontrar su expresión acabada en la estructura política de la nación. La monarquía genuinamente española habría sido democrática. Pero como el doctor Eduardo Santos observaba con certero juicio, las dinastías extranjeras, Austrias y Borbones, torcieron el curso de la historia de España. Importaron el absolutismo, ajeno por completo a nuestro espíritu, y, por razones dinásticas, por intereses de familia, que no de la nación, metieron a esta en las contiendas de Europa y extenuaron al país en tres siglos de guerras.

Ese sentido democrático de la sociedad española, siguiendo el cauce natural de su corriente, tenía que desembocar en la República. Así se explica que esta naciera el 14 de abril por una decisión espontánea del pueblo, sin lucha y sin violencia, sin odio y sin sangre.

Recuerdo yo aquel espectáculo de la Puerta del Sol en Madrid, donde, al aparecer la bandera republicana en el balcón del ministerio de la Gobernación, la muchedumbre enloqueció de entusiasmo, las gentes se abrazaban unas a otras, burgueses y proletarios, militares y paisanos. En la Plaza de Oriente el Palacio Real estaba cercado por un cordón de obreros de la Casa del Pueblo, quienes, dándose las manos, circundaban el alcázar, protegiendo contra cualquier desmán a la regia familia que allí quedaba entregada a la hidalguía republicana.

El postrer monarca, don Alfonso de Borbón, acababa de escapar en su automóvil por la puerta del Campo del Moro, sin que nadie lo defendiera, ni nadie lo apoyase, ni nadie tratara de retenerlo.. ¡Tan pocas raíces había echado en la tierra española una dinastía secular y una monarquía milenaria!

La España democrática y republicana acogió con simpatía sincera la independencia de las naciones de América, antiguas colonias de la monarquía. El ilustre conferenciante nos recordaba el caso ejemplar de Pi y Margall, el austero repúblico español defensor de la libertad de Cuba. Ya desde comienzos del siglo pasado, los liberales, como Riego, ayudaron al movimiento de emancipación de los pueblos de América. Estos pueblos a los ojos de la verdadera democracia española, forman una gran familia de libres repúblicas, una amplia fraternidad de naciones independientes, entre las cuales España sería la más antigua de las naciones y la más moderna de las repúblicas.

Con ese espíritu, los republicanos españoles acogidos a la noble hospitalidad de Colombia, hallaban en las palabras del doctor Eduardo Santos la más bella conmemoración del 14 de abril. Esa España vista por él, esa España vista desde América, es, en verdad, nuestra España!

Las ideas y los sentimientos del ilustre conferenciante llegaban hasta nosotros en los períodos de una oratoria a la vez sencilla y elevada, de una espontánea naturalidad y de una perfecta belleza artística.

En las Cortes Constituyentes de la República se podía apreciar el contraste entre dos grandes oradores, uno de desbordada facundia, otro de palabra más ceñida, pero no menos impresionante: Alcalá Zamora y Azaña. Por mi parte, preferí siempre el estilo de Azaña al de don Niceto. La elocuencia del doctor Eduardo Santos es, como la de Azaña, una elocuencia flúida pero no torrencial, en la que el verbo no es el grito, ni la fronda ornamental oculta la línea de la construcción; una elocuencia no hinchada, sino henchida, en la que la brillantez de los párrafos, el resplandor externo nace de la interna llama que el oyente adivina en el alma del orador.

Escuchando al doctor Eduardo Santos, sentíamos todos renovada nuestra fe en la futura República y en el porvenir de España; de esa España que ha caído y se ha levantado tantas veces y que ha hecho quizás sus mejores cosas cuando se hallaba al borde del abismo.

Con esta fe renacida, palpitaba en todos nosotros una emocionada gratitud que en vano querría buscar su expresión adecuada. Mañana, cuando una República inspirada en el sentimiento democrático del país triunfe por fin en España, sabrá sin duda volverse con afecto cordial hacia las naciones y los hombres de América que, aun antes de que naciese, creyeron en ella.

Luis DE ZULUETA.

Bogotá, 15 de abril.

crática, si la república española se mueve dentro de la libertad y la justicia social y levanta la suerte de todos los pueblos españoles y borra de la realidad de España aquella frase terrible de que el español come demasiado o demasiado poco, si crea ese nido de bienestar democrático y de espíritu libre ¿cuántos beneficios no nos puede hacer a las repúblicas americanas, que también tenemos nuestros dictadores que combatir y nuestras iniquidades que corregir?

Ese foco liberal español puede ser un espléndido faro para los esfuerzos liberales y democráticos de toda la América. Y por eso pesa sobre los republicanos españoles una gran responsabilidad. Porque en esta hora en que los pequeños perecen y en este porvenir que se acerca bajo el signo inquietante de la excesiva magnitud de los grandes poderes, ¡ay de los débiles que se aislan, ay de los que no reconocen un principio superior de unidad que pueda asegurar la defensa común!

Autonomía indispensable. El centralismo es uno de los dogales que asfixian y ahogan a los pueblos. El centralismo ha sido el esterilizador de la vida española; ha sido el que hizo frustrar casi todas las energías españolas manifestadas durante la edad media; pero si ese espejo, ese espejo en que se miró la república el 14 de abril de 1931 y se vió grande y hermosa llegara a romperse, entonces, señores españoles, las repúblicas americanas habríamos perdido uno de nuestros baluartes y la cultura sipánica habría sufrido otra derrota definitiva.

Y también, permitid a un americano que os diga que nuestro supremo lazo de unión, a más del ideal democrático y del espíritu liberal, es este idioma castellano en que nos estamos entendiendo. Es esta lengua española que une a veinte países con lazos imposibles de romper. Reconozco la legitimidad perfecta de los idiomas de las regiones y el derecho a cultivarlos y a conservarlos y a impulsarlos. Pero al lado de ello, como la suprema fuerza unificadora y como el medio de entendernos y como el medio de expandirse, hay que mantener viva y ferviente la adhesión a esta lengua en que escribió Cervantes y a esta lengua en que habló la segunda república española. Os lo digo como americano, recordando que América ofrendó a España en el último siglo el mejor de sus gramáticos en Andrés Bello, el más profundo de sus filósofos en Rufino José Cuervo, el más intenso y original de sus poetas en Rubén Darío. Ese concurso que nosotros os dimos lo hemos recibido innumerables e infinitas veces a través de toda la cultura española y de toda la literatura española. Que no se levanten nunca entre nosotros murallas que puedan impedir que nos entendamos y que hablemos una misma lengua y que practiquemos una creciente fraternidad.

QUE VUELVA LA REPUBLICA

Que se intensifique y crezca cada día ese diálogo indefinido entre España y América, esa colaboración en todos los órdenes que todo nos aconseja y que ha de ser nuestra mejor defensa, la nuestra y la vuestra, y para que ello sea posible, que retorne la República real y efectivamente, a tierras españolas. Si hemos gozado con vuestras alegrías, cuánto nos duelen vuestras desventuras, y esa tiranía de que hoy sois víctimas. Una vez más, pero ahora será por poco tiempo, se quiere que España sea una nación silenciosa y sumisa. Una vez más se quiere imponer por la fuerza a la España libre esa vida de sumisión y de silencio que pugna con todo su ser, y se podrían repetir los versos llenos de viril melancolía que, exilado también por otra dictadura, escribía don Miguel de Unamuno desde la orila francesa del Bidasoa:

Vientos que llegan de España
tan cargados de silencio...

Ahora también, pero en ese silencio forzado no hay ni habrá sumisión. No habrá sino acumulación de fuerzas para la lucha libertadora de mañana, para la hora en que los republicanos españoles vayan, ellos sí, a continuar la Historia de España, la que interrumpieron monarquías extranjeras y reyes absurdos, y soldados extranjeros, y dictadores imperdonables; la que realizó la conquista de América y dió origen a las libertades democráticas españolas, la que dió tan alto grito de fe y de cultura el 14 de abril.

UNA GRAN VOZ ESPAÑOLA

¡Cuántas cosas más quisiera deciros! Cuando pensaba dirigirme esta noche a los republicanos españoles, no tenía sino la dificultad de escoger un tema; porque yo he amado a España y la amo, y la he recorrido en todas sus regiones y he querido penetrar la entraña de su pueblo y me he nutrido de su savia espiritual y he padecido con sus dolores y me he enorgullecido con sus esperanzas. Pero tengo que terminar y quisiera hacerlo no con palabras mías, sino con palabras de un hombre que fué mi amigo y a quien profeso intensa admiración. Un hombre grande por la inteligencia y grande por el amor que sentía a España y que en él llegaba hasta el máximo dolor, como en Costa, como en Larra, como en Ganivet; que sintió a España apartándose de los tópicos manidos que tanto daño han hecho a la gloria española, que era castellano y abarcaba en su alma de español a todas las regiones de la península; que modeló el espíritu de la república y naufragó después en las horas de la violencia, porque era un fino espíritu intelectual quizá incapaz de adaptarse a las tempestades de la barbarie guerrera. A un hombre que se convirtió en el pararrayo de todos los odios conjurados contra la república y que fué perseguido en espléndido homenaje, porque se perseguía al más fuerte y al más capaz; porque los enemigos no se equivocan y cuando concentran sus tiros contra un hombre, es porque saben que ese hombre es el mejor defensor de la fortaleza de que quieren apoderarse. Quiero terminar esta noche, todos habéis adivinado de quién se trata, con unas frases de don Manuel Azaña (grandes aplausos), que en lo esencial dicen así:

"Con sentimiento de unidad profunda e interior de todos los españoles, es con él que yo invito a los partidos republicanos a que se sumen a esta obra política, que es la de crear un buen gobierno. Por cualquier parte donde tiréis un corte al volumen de la sociedad española encontraréis que hormiguean las discordias; de estas discordias unas son útiles, bienvenidas, necesarias para el progreso político y social y fomentan y alzapriman la vida pública; pero otras son deplorables y disgustosas porque vienen heredadas de contiendas históricas abolidas, las cuales nosotros estamos obligados a cancelar.

"España necesita urgentemente estar bien gobernada. Sé bien que es más difícil gobernar a España ahora que hace cincuenta años, y más difícil será gobernarla dentro de algunos años. Es más difícil llevar cuatro caballos que uno solo. El país está cruzado por apetitos de toda especie, por ansias de toda clase. Será más difícil gobernarlo ahora que hace cincuenta años, cuando se dirigía desde un despacho del Ministerio de la Gobernación fumando cigarrillos a media noche.

Ahora habrá que velar de día y de noche. ¿Pero creéis que a España le va a faltar no ya fuerza de puños, sino destreza y agilidad de entendimiento para gobernarse a sí misma? ¡Cómo le va a faltar! todos los españoles están convocados a esta obra. Cada cual desde su sitio. Pero si no acuden, de todos modos, vosotros, republicanos, tenéis la parte más grave de la responsabilidad, porque sobre vosotros pesa el porvenir de España, y hemos de declarar, republicanos unidos espiritualmente en esta gran labor de refacción de España, hemos de declarar que en el fondo de nuestra conducta política alienta una noble y grande ambición. ¿Por qué no lo vamos a decir? Nosotros no queremos seguir siendo los guardianes de un ascua mortecina arropada en las cenizas de este hogar español desertado por la Historia. Queremos reinstalar la Historia en nuestro hogar; que la tea pasada de mano en mano en las generaciones que nos han precedido podamos transferirla a la generación que nos suceda más brillante, más ardorosa, más fogosa, iluminando los caminos del porvenir. Lo que importa es el porvenir, republicanos y socialistas. Lo que importa es navegar. Ahora tened presente que para esta navegación no bastará llevar el timón de la nave, sino que hay que sacar del pecho el aliento que ha de impulsar las velas. Pecho al porvenir y revestios de arrojo para ensayar; del arrojo grave de los hombres responsables que saben para lo que están en la vida y quieren dejar algo en la vida, y estad vigilantes para saludar jubilosos —y permitid que yo agregue: y para saludar con ánimo resuelto y abnegación valerosa y heroico espíritu de sacrificio— a todas las auroras que quieran despegar los párpados sobre el suelo español".

(Versión taquigráfica de Jenaro Sanz).

Comida conmemorativa

La Casa de España de Bogotá organizó una comida conmemorativa del 14 de abril, que era a la vez un acto de adhesión a los ideales y principios de la Junta Española de Liberación, de México. El Dr. Eduardo Santos envió una emocionante carta de saludo y en términos de gran simpatía hizo lo mismo el Alcalde de Bogotá, Dr. Jorge Soto del Corral.

Asistieron numerosas personalidades de esta ciudad: el ex ministro de Colombia en España Dr. Marulanda, el Director de Extensión cultural y Bellas Artes Dr. Darío Achury los escritores D. Luis Eduardo Nieto Caballero y Don Eduardo Zalamea, el publicista José Joaquín Jiménez, el dibujante Jorge Franklin, el encargado de negocios de México Sr López Franco y el Secretario de la Embajada Sr. Velarde, el delegado del Comité Nacional de Francia Mr. Lechenet, el Secretario del Comité de los Franceses libres, Mr. Sasch.

Hicieron uso de la palabra José Prat, como presidente de la Casa de España, que subrayó la importancia y significación de la conferencia que horas antes había pronunciado el Dr. Eduardo Santos, e hizo especial referencia al alcance de la creación de la Junta de Liberación de México, como movimiento que con severa responsabilidad encauza y dirige los esfuerzos de reconstrucción de la democracia en España.

El Dr. Niceto Caballero leyó un entusiasta discurso lleno de fervor y esperanza por la libertad en una España libre de la dominación totalitaria. Terminó el acto con un emocionante y bellísimo discurso de Don Luis Jiménez de Asúa, en el que historió la vida de la República desde el 14 de abril de 1931, hizo el recuerdo de los españoles que murieron en la defensa de su patria y recogía como mandato de esos huesos sagrados, los deberes que a los que sufren en España la opresión y a los que esperan en el exilio, les imponen.

Terminó el acto con el himno nacional de Colombia y el himno de Riego, ejecutados por la orquesta en medio de la emoción de todos los asistentes.

Conmemorando el XIII aniversario

EN CHIHUAHUA

Como teníamos anunciado, el domingo pasado, día 16 de los corrientes se celebró en Chihuahua, por el Centro Republicano Español, de esta ciudad, la proclamación de la segunda República Español.

Desde muy temprana hora de la mañana de este día, se vió concurridísimo el domicilio del Centro Republicano Español por numerosas familias de compatriotas y mexicanas, que vinieron a compartir con nosotros la alegría de la fecha que festejábamos. A las dos de la tarde, se sirvió una comida, a la que asistieron casi todos los republicanos españoles residentes en esta localidad, habiendo en el transcurso de ella, mucho entusiasmo y contento, sin faltar los números de música, orfeones improvisados y como final, un corto discurso, pronunciado por el Dr. Antonio L. Picazo, en el que de una manera emotiva y justa, recordó la efeméride del 14 de Abril de 1931, alentándonos para que sigamos luchando sin descanso, para que lo antes posible sea un hecho la reconquista de España para la tercera República Española; también hizo un recordatorio de los caídos en la batalla de la libertad que se está librando en el mundo y en la que España fué la primera que tuvo el orgullo de salir en su defensa. Una gran ovación recibió nuestro compatriota al terminar su oración, con vivas a la España democrática y a México, tocándose a continuación, el Himno de Riego y el Mexicano.

A las cuatro y cuarto de la tarde, dió comienzo un festival artístico que se radió por la principal emisora del Estado, en el que intervinieron Pepita de Triana, flamenquísima cantante del género andaluz, que nos entusiasmó con la solera de sus canciones. Pepita de Triana, que estaba actuando en Ciudad Juárez, vino a Chihuahua expresamente para tomar parte en el homenaje a la República Española. En una fiesta de fraternidad Hispano-Mexicana, no podía estar ausente el arte Mexicano, para lo cual estuvo colaborando con nosotros la soprano Alicia Romero, que interpretó de una manera magistral, la clásica canción mexicana. También hubo recital de poesías por Angel Simón y como final del simpático acto artístico, los coros del Centro Republicano Español, cantaron una canción, inspirada en la tragedia de los campos de concentración titulada "España", original del poeta español republicano, Pedro Garfias.

Con un magnífico baile se dió por terminada la fiesta del 14 de Abril, que tantas añoranzas, e ilusiones futuras trae a los españoles republicanos en el exilio.—Corresponsal.

EN ACAPULCO

Más de un centenar de españoles y mexicanos se reunieron a cenar, el 14 de Abril, en el espléndido Hotel "Las Hamacas" de esta localidad, para conmemorar el XIII aniversario de la implantación de la República Española. La mesa formaba una vistosa "V" en la base de la cual se instaló la presidencia del acto. Al fondo de dicha presidencia había una gran bandera mexicana y otra de la República española; ésta última bandera constituye una sagrada reliquia para los republicanos españoles, pues era la del barco de guerra "José Luis Díez" que libró singular batalla con la flota de Franco.

En el lugar a ocupar por cada comensal había un menú con saludo alusivo a la fecha que se conmemoraba, hecho por la dirección del Hotel "Las Hamacas", y asimismo había un lacito de cinta con los colores de la enseña republicana.

Ocupó la presidencia del acto la primera autoridad civil de la localidad, C. Presidente Municipal, Cap. Antioco Uriostegui, acompañándole en la misma el licenciado y publicista mexicano don Alejandro Gómez Maganda, el ingeniero y diputado español don Miguel Muñoz, don Ismael Pozo Alcántara, Jefe de la Oficina Federal de Hacienda de la localidad, y por la Comisión organizadora del acto el doctor don Félix Aranguren y el periodista don Manuel Adame, españoles. En representación del Club Rotario local asistió como invitado don Roberto Barnard, propietario del bar del Hotel "El Mirador"; por el Club de Leones, don Antonio T. Adame, oficial mayor de la Tesorería Municipal; por el periódico local "Trópico", su director don Manuel Pérez Rodríguez; y por "Alba Roja", periódico también de la localidad, su director don Constancio Martínez. Asimismo asistieron al acto bastantes mexicanos, muchos miembros de la antigua Colonia Española y la totalidad de los españoles republicanos residentes o de paso en Acapulco, de los que no damos la relación porque ocuparía mucho espacio.

Al final de la cena, excelentemente servida, ofreció el banquete el diputado español don Miguel Muñoz, quien destacó la significación del acto e hizo un acertado panegírico de la República Española. El Presidente Municipal, Cap. Antioco Uriostegui, saludó a los concurrentes y tuvo fraces de recuerdo de su estancia en España como representante del Ejército Mexicano para estudiar en el ejército español. Y por último habló don Alejandro Gómez Maganda, jefe de esta Aduana, licenciado y publicista, que estuvo durante nuestra guerra en España como Cónsul General de México; su discurso fué una encendida defensa de la causa republicana española, de exaltación de los hombres republicanos y de condenación del falangismo que tiene estrangulada la vida de nuestro país y conspira contra las repúblicas americanas.

Una orquesta amenizó el acto interpretando música española y mexicana y los himnos de México y de la República Española. Los asistentes escucharon los himnos mexicano y español de pie, coreando la letra de los mismos. Se dieron vivas a México y a la República Española. Y se propuso y acordó protestar del alevoso atentado cometido contra el Presidente de la República Mexicana General Don Manuel Avila Camacho.

A continuación del acto, los republicanos y socialistas que asistieron a él redactaron, firmaron y enviaron a la Junta Española de Liberación, el siguiente escrito:

"A la Junta Española de Liberación.

México, D. F.

"Estimados compatriotas: con motivo de la celebración del XIII aniversario de la proclamación de la República Española, los republicanos y socialistas abajo firmantes reiteramos nuestra adhesión sin reservas a la Junta Española de Liberación, encarnación de lo que la República fué antes de la sublevación militar y de los trastornos producidos por ese hecho antiespañol.

Queremos proclamar, sin reservas también, nuestra condenación contra las maniobras consistentes en inventar organismos opuestos a lo que la Junta es y representa. La turbiedad de esas maniobras se acredita con la mano que sus realizadores tienden sin escrúpulos a todos los traidores que, con manifiesto deshonor, ensangrentaron nuestra patria.

¡Viva España con República y honra!

Acapulco, 14 de Abril de 1944."

El periódico local "TROPICO" publicó un extraordinario de una treintena de planas, dedicado al XIII aniversario de la República Española. En el mismo aparecieron las fotografías de Azaña, Martínez Barrio, Albornoz y Prieto; asimismo publicó artículos expresamente escritos para él por Martínez Barrio, Albornoz, Prieto, Manuel Albar, Francisco Torquemada y Manuel Adame; no habiendo podido publicar un escrito de Antonio María Sbert porque llegó tarde.

El publicista mexicano Gómez Maganda, cónsul general de México en España durante nuestra guerra, también publicó en el extraordinario unos recuerdos de su estancia en Barcelona.— Corresponsal.

EN PANAMA

Con gran brillantez se celebró en Panamá la conmemoración del XIII aniversario de la proclamación de la República española, con un acto que tuvo lugar en los salones de la Sociedad Española de Beneficencia, enteramente llenos de público que aplaudía fervorosamente a la República.

Tras unas breves palabras del presidente de la Sociedad, don José Menéndez, pronunciaron discursos el profesor español Ignacio Herrero; el señor Ernesto de la Guardia, que hasta hace poco fué presidente de la Cámara de Comercio y en la actualidad es gerente general de las Fábricas Unidas de Cerveza, S. A., hombre de gran significación política; el teniente coronel de Infantería de Marina español don Ginés Sánchez Balibrea, ahora profesor del Instituto de Colón y, finalmente, el señor Ministro de Educación Pública, que tuvo una magnífica intervención. Al acto asistieron representaciones españolas de Colón y David, así como numerosos oficiales del ejército norteamericano, que con su presencia dieron mayor relieve a la ceremonia.

Reiteradamente se refirieron los oradores a la Junta Española de Liberación, suscitando la alusión calurosos aplausos y vivas. El acto fué, desde todos los puntos de vista, admirable. Fué radiado a toda la República por cuatro estaciones.—Corresponsal.

INDALECIO PRIETO EN LA HABANA

América ante el problema político español

Discurso pronunciado el 15 de Abril en el Centro Asturiano de la capital de Cuba

La bondad del Círculo Republicano Español de la Habana me permite volver a Cuba de la cual dijo Cristóbal Colón ser "la tierra más hermosa que ojos humanos vieron", y la gentileza del Centro Asturiano me proporciona el honor de hablar en esta casa, rincón de mi tierra y pedazo de mi patria. (Aplausos).

Porque a ello me obligan dolorosas circunstancias físicas del instante, debo contener mi emoción y al contener la mía no puedo ser agente de la vuestra. Dándome por satisfecho si lo logro, trocaré mi papel de agente de la emoción en el de auxiliar del convencimiento.

Vais a oír la palabra de un asturiano que, por serlo, es netamente, genuinamente español (aplausos), y vais a oír la voz de un español que tiene la jactancia de declarar, mediante estas palabras de proemio, que cree ser intérprete del pensamiento de la mayoría de los españoles, o que, cuando menos, lo es, en forma indudable. de la mayoría de los republicanos españoles. (Aplausos).

PALABRAS DE 1942

He hablado anteriormente dos veces en la Habana; he pronunciado aquí otros dos discursos, uno el 29 de mayo de 1941 en el Teatro Auditorium, y otro el 13 de Julio de 1942 en el Teatro de la Comedia. Eslaboné el último discurso de los citados con el primero y voy a eslabonar este tercero con el segundo. Tal encadenamiento, que parece cosa baladí, constituye, sin embargo, un lujo sólo permisible a quienes tenemos cierta firmeza de pensamiento.

Del discurso en el Teatro de la Comedia —que muchos de vosotros recordaréis— leeré algún pasaje, lectura casi indispensable, si no para mi propio recuerdo, para el encadenamiento que quiero dar a mis palabras de hoy con aquellas otras de la noche citada. En ese discurso, luego de referirme a una conferencia mía de Barcelona en Octubre de 1938 sobre el auxilio económico de América para la reconstrucción de España, dije: "Pero le queda a América otro papel igualmente fundamental en España. Si se ha de expresar con entera libertad la voluntad del pueblo español en orden a sus instituciones políticas y a sus futuros gobernantes, esa expresión no puede verificarse bajo el imperio de una tiranía, sino en un ambiente de libertad. Para entonces propongo que el plebiscito que haya de verificarse en España a fin de determinar libremente cuáles han de ser sus instituciones lo dirijan las naciones americanas de habla española . . . Reclamo para ellas el derecho de ser las interventoras y directoras del plebiscito, porque en orden a extranjerías el español es muy susceptible, y Dios le guarde siempre tal susceptibilidad, pero un cubano, un mejicano, un uruguayo, un argentino, un colombiano, un chileno, no es extranjero en España; allí es un hermano, un español más". (Aplausos) Y, aclarando esas palabras, que veo suscritas ahora por vuestros aplausos, añadí estas otras: "Ningún afán de dominación sobre vosotros hay por parte de España. Los papeles se truecan en esta hora, y yo veo el problema así: no que España influya en América, sino que América influya en España".

Encontrándome en lugar excepcional para tornavoz de estas frases mías, el día 5 de Marzo último, en Nueva York, en discurso que pronuncié en el Manhattan Center, las recordé así: "Si seguimos ateniéndonos a los principios de la Carta del Atlántico, no cabría estimar moralmente lícito contribuir con la influencia de las naciones democráticas a que en España se restaurase una monarquía que el pueblo repudia y odia y, desde el mismo punto de vista, tampoco entraría en esferas de licitud buscarle a Franco cualquier general sustituto para seguir dirigiendo un régimen anti-liberal. Eso, lo uno y lo otro, constituiría un traspaso de tiranía que no pueden patrocinar con legitimidad las grandes potencias democráticas, pues lejos de propiciar avances políticos, llevaría a España a retrocesos ignominiosos. Sólo pedimos algo elemental e innegable: el respeto a la voluntad del pueblo español. Me toca recordar otro discurso que pronuncié en la Habana, hará cosa de dos años, y en el cual lancé la idea de que el problema español podría resolverse mediante un plebiscito que presidieran o dirigieran las naciones hispano-americanas". (Aplausos).

OBJECIONES A LA IDEA

La política es pasión, polémica, lucha, y, por tanto, no había de sorprenderme que surgieran objeciones a esta idea, acaso temeraria pero inspirada por un profundo espíritu de fraternidad. Hace pocas semanas, suscrita por cinco españoles que se consideran investidos de la magistratura ministerial con carácter vitalicio, apareció en los periódicos mejicanos una declaración de disconformidad concebida en estos rotundos términos: "Es incomprensible la existencia de un solo hombre que se llame republicano y quiera someter a su país a la experiencia de un plebiscito". Este republicano incomprensible soy yo. Buena parte de mi esfuerzo de esta noche irá encaminado a ver si lo que dichos señores juzgan incomprensible es comprensible para vosotros. Con vuestros gestos de ratificación o de repulsa me enteraré de vuestra conformidad o de vuestro disentimiento. El tema, al desarrollarlo en este salón, ante esos paisajes asturianos pintados en el techo, evoca muy dentro de mí el recuerdo doloroso de los sacrificios sangrientos, hechos por nuestra Asturias en defensa de la libertad. (Aplausos).

Para hacerme comprender de vosotros debo incluir en este punto un poco de historia, aun constándome que la técnica de la oratoria riñe con evocaciones que pesan como relatos fatigosos, del mismo modo que pesarán también en mi discurso de hoy las lecturas a que voy a apelar. Pero aun convencido de las fallas que mi oración va a tener con evocaciones y lecturas, las juzgo imprescindibles para lograr vuestra comprensión.

Soy afiliado al Partido Socialista Obrero Español desde hace cuarenta y cinco años. Tengo, pues, la autoridad suficiente para declarar en público cuáles han sido sus errores en la política de nuestra patria.. El error mayor en que mi partido incurrió fué cuando, por voluntad mayoritaria, adoptó una táctica equivocada que condujo al movimiento revolucionario de octubre de 1934, del cual todavía quedan rastros de sangre en nuestras montañas y en nuestros valles asturianos. Porque si el Partido Socialista Obrero Español hubiera tenido en 1933 la flexibilidad necesaria para volver a concertar con los republicanos una coalición electoral, en iguales términos de la que se concertó en 1931 para elegir las Cortes Constituyentes, el Parlamento, según lo acreditaron las cifras de votos, habría tenido idéntica estructura a la de las Cortes Constituyentes, es decir, un Congreso con mayoría izquierdista, o sea que, mediante el ejercicio tranquilo del sufragio electoral, inteligentemente dirigido, nos hubiéramos evitado la sangre que se vertió, principalmente en Asturias, para hacer frente a elementos derechistas que se habían adueñado del Parlamento, no tanto por su intrepidez y su fuerza como por nuestra estúpida desunión. (Aplausos).

LA INSENSATEZ NO PERMITE REMORDIMIENTOS

Aunque las modalidades del caso sean, hasta cierto punto, distintas, es valedera análoga consideración para lo acontecido el año 1936. En el análisis que voy a hacer inculpando a los míos no se deslizará una palabra, una sílaba, ni un acento de disculpa para quienes se sublevaron contra la legalidad republicana. Pero acaso la subversión se hubiera frustrado, o se habría reducido su violencia, si el Gobierno hubiese sido reflejo de la totalidad coalicionista de aquellas Cortes, formadas en su mayoría por elementos de izquierda, afrontando cuantos constituíamos la mayoría de aquel Parlamento la responsabilidad del gobierno, en vez de dejarlo en manos de quienes, por no creer en la sublevación, no adoptaron medida alguna para impedirla.

No habrá, repito, un acento en disculpa de quienes, faltando a su juramento, faltando a sagrados deberes y con olvido de los verdaderos intereses patrios, llevaron a España a la desolación y a la ruina, mas es justo que nosotros nos miremos por dentro y examinemos hasta qué punto nuestras torpezas contribuyeron a sucesos tan terribles.

¿Por qué digo todo esto que acaso muchos crean fuera de ocasión? Lo digo porque el primer firmante del documento a que antes aludí, el verdadero redactor de él, pues supongo que los cuatro restantes se han limitado a leerlo y firmarlo y alguno quizá a suscribirlo sin leerlo, es precisamente uno de los hombres que dentro del Partido Socialista Obrero Español, por intransigencia y fanatismo, por creer que estábamos al borde de la revolución social, por afanes ilusorios y engañosos, empujó a nuestro Partido a actitudes extremas de las cuales se derivaron tamaños males. Y cuando están a la vista, muy cercanos dentro de este ciclo histórico, acontecimientos tan espantosos, recuso la crítica de quien así es responsable. En los insensatos no cabe el remordimiento; los insensatos son incapaces de matices delicados como los que dibujan la responsabilidad, que muchas veces, y cuando menos, debe mover a silencio.

Declaro aquí, ante esta concurrencia y buscando a mis palabras el eco debido, que no estoy dispuesto, por ninguna clase de razones, a someterme de nuevo a la insensatez. Soy lo suficientemente maduro, como hombre político, para enjuiciar los problemas de mi patria con mi propio criterio y cuando veo que censores de mi actitud tienen tachas tan considerables como la de ser responsables en los acontecimientos luctuosos someramente expuestos, rechazo su consejo, recuso sus palabras. Diré más: no he encontrado incompatibilidad entre mis deberes de hombre de partido y mis deberes de español. (Aplausos). Pero si alguna vez esa incompatibilidad se produjera yo atendería a mis deberes de español ahogando mis deberes de afiliado al Partido. (Prolongados aplausos).

¿Por qué rechazan los seudo-jerarcas supervivientes de la República española un plebiscito libre? ¿Es que la jerarquía que ostentaron y desean seguir ostentando, no procede de un plebiscito? ¿Qué otra cosa sino un plebiscito fueron las elecciones del 12 de Abril de 1931 conmemoradas hoy con emoción?

Cuando se examinan los problemas políticos hay que colocarse en un terreno de realidades. En la política viva no se puede especular con teorías más o menos abstractas. Como dicen los militares, hay que pegarse al terreno, hay que clavar los pies en tierra. Sé perfectamente —así lo he declarado como miembro de la Junta Española de Liberación y en calidad de tal he sido invitado a esta magna asamblea— que el estado de derecho de España es la República y nada más que la República, porque la instituyó libremente el pueblo y no la ha derrocado el pueblo sino que se derrumbó por efecto de una subversión militar en que el vilipendio llegó al extremo de que decidieran los destinos de España dos traidores de la humanidad, Hitler y Mussolini. (Prolongada ovación).

Ese estado de derecho subsiste y yo lo sé bien, pero cuando apartamos la mirada de los tratados jurídicos y, cerrando libros, nos asomamos a ventanas que dan al campo de las realidades, nos encontramos con este hecho innegable: que desde hace cinco años cumplidos no tenemos República y descubrimos además, en este hecho, un aspecto muy lamentable, que si vuestra paciencia me acompaña será objeto de examen detallado, un aspecto tan lamentable como el de que algunas de las principales Naciones Unidas rectoras de la guerra actual no propician el restablecimiento de la República española. (Aplausos).

CARACTER DEL PLEBISCITO

Esos factores, que teorizantes ilusos podrán desahuciar de su magín, deben ser tenidos en cuenta a fin de no incurrir en nuevas insensateces.

El plebiscito, sistema muy antiguo, alcanza a los días esplendorosos de Grecia y tiene diversas modalidades. Las palabras que al respecto pronuncié ante vosotros en el Teatro de la Comedia fueron dichas con toda claridad: el plebiscito no se puede verificar bajo ningún régimen tiránico.

La técnica del sistema plebiscitario ha ganado mucho, principalmente al verificarse aquellos plebiscitos que se derivaron del Trata do Versalles, con el cual se puso término a la otra espantosa guerra mundial.

Si se fuera a hacer el plebiscito estando Franco en el palacio del Pardo rodeado de su guardia de honor, mora para ultraje de la sangre hispana, (aplausos) y utilizando como agentes gubernativos a esos núcleos de asesinos infectos que constituyen Falange Española (aplausos), revestiría caracteres grotescos como los de aquel plebiscito con que el general Miguel Primo de Rivera quiso ratificar ante la conciencia universal el acto de fuerza realizado por él, bajo la complicidad de Alfonso XIII, para destruir el régimen constitucional de España. Nadie aspira a plebiscito semejante.

Hay que distinguir entre esos plebiscitos, llamados de ratificación, en que un déspota apela a comedias comiciales para dar la sensación de que el pueblo está con él, y los plebiscitos de iniciativa popular, los plebiscitos libres. Cuando el plebiscito ha de adquirir con plena sinceridad estos caracteres, no se puede verificar bajo el imperio de una tiranía. Así quedó dicho por mí, y así lo ratifico y lo aclaro hoy.

Los últimos plebiscitos que registra la historia contemporánea, son, en orden a magnitud, los de la Alta Silesia y de la cuenca del Sarre. Estos plebiscitos, que derivan de cláusulas del Tratado que se suscribió en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles, no

fueron siquiera regidos por las autoridades que provisionalmente gobernaban aquellos territorios. Los plebiscitos imparciales se verifican bajo la dirección de un organismo internacional y superestatal que, neutralizando la acción de los tiranos, garantiza la expresión de la voluntad del pueblo. Al amparo de esta doctrina levanté mi voz en la Habana en 1942 y la vuelvo a levantar hoy, para decir que el organismo internacional superestatal puede hallarse constituído por cubanos, mejicanos, chilenos, uruguayos . . ., por hermanos de raza, los españoles de América. (Aplausos).

Apelo al eminente estadista europeo Jorge Scells, que ha estudiado muchos problemas de todas las partes del mundo y a quien, por cierto, se debe uno de los estudios más completos sobre el trato negrero en las Indias de Castilla. Este catedrático, especializado en las doctrinas y procedimientos de la Sociedad de Naciones, ha dicho, hablando de progresos del sistema plebiscitario, lo que sigue: "Correctamente reglamentada y utilizada, la consulta popular constituye un procedimiento de gobierno directo y proporciona un criterio definitivo de la voluntad de las mayorías." Después, el ilustre profesor de la Universidad de París y del Instituto de Altos Estudios Internacionales, ha escrito: "Deben ser (los plebiscitos) expresión libre de la voluntad de las colectividades interesadas y su resultado no puede ser obtenido sino por la organización de una autoridad internacional y superestatal, que, sustituyendo a las autoridades, reúna en su mano durante el período plebiscitario, todos los poderes gubernativos, administrativos y judiciales." El organismo que yo propongo, y que aparece simplemente esbozado en recientes palabras del Secretario de Estado de la gran República norteamericana, Mr. Cordell Hull, ha de asumir todas las funciones gubernativas y arrancar hasta el último rastrojo de la tiranía. Claro es que el plebiscito que yo deseo y sobre el cual vengo nuevamente a predicar aquí, —donde me pueden oír oídos sagaces y generosos propensos a recoger la idea—, es un plebiscito libre, que requiere, además de arrancar de cuajo toda la organización tiránica de España, la amnistía previa para los presos políticos y también para cuantos estamos en exilio y reclamamos el derecho a volver a nuestra patria. (Aplausos).

UN PENSAMIENTO DE MARTI

Aunque varias negativas oficiosas afirmen lo contrario, una potencia europea ansía que vuelva a levantarse en Madrid el trono de San Fernando y que lo ocupe cierto mozo, menguado de inteligencia pero muy sumiso a una Corte extranjera. Como español lo rechazo. (Aplausos). Discurramos sobre esta hipótesis y demos por supuesto, que, al amparo del triunfo de las naciones aliadas, triunfo que yo deseo ardientemente, ese intento se realice bajo presión exterior, no por voluntad española. Si se instaurase la monarquía, el pueblo español, no conforme con tal solución, se rebelaría contra ella, y entonces otra guerra civil estallaría en España para derrocar el régimen impuesto por voluntades extrañas. Y bien, amigos, ¿no estamos todos los españoles en la sagrada obligación de evitar una nueva guerra? ¡Ah!, si estallara, yo no desertaría del deber; estaría en las filas de quienes combatieran un régimen instituído por presiones extranjeras en nuestra patria. Si la monarquía, como dicen sus voceros, convocara a unas elecciones, ese sí sería un plebiscito de ratificación, un plebiscito de coacción, porque al verificarse bajo la presión del Poder público, que nunca es escasa en parte alguna, podría aplastar la voluntad del pueblo español. El plebiscito sería ineludible si la monarquía, para acomodarse a los tiempos, quisiera enmarcarse en el cuadro constitucional. El pueblo español, violentado de tal manera, se lanzaría a la calle. Yo estaría con él. Pero si hay un medio de evitar esa contienda, mi responsabilidad, pese a objeciones insensatas, me induce a procurarlo. De ahí que proponga el plebiscito dirigido por las naciones hispano-americanas. (Aplausos).

A veces topo en el áspero camino de la política con voces de ultratumba que me confortan. Así, al medir las objeciones que se oponen a mi idea y al recordar los antecedentes de quienes las formulan, he encontrado, para mi consuelo, un texto que voy a silabear despacio, complacidamente. Helo aquí: "Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores." Eso escribió José Martí, el vuestro y el nuestro. (Grandes aplausos).

DOS DOCUMENTOS DE CORDELL HULL

Ahora, amigos, —ya dije que contaba con vuestra paciencia y os pido dispensa por el abuso que de ella haga— examinaré, pues quiero que esta velada constituya lección para todos, incluso para mí, la actitud de alguna o algunas de las grandes potencias directoras de la causa aliada, a las cuales desde primera hora, sin alternativas y sin reservas, tengo prestada mi más entusiasta adhesión. Para examinarla utilizaré documentos muy actuales. Soy primordialmente, más que un tribuno y mucho más que un gobernante, un periodista. La actualidad me atrae. No revolveré, pues, viejos papeles. Voy a analizar dos documentos tan recientes como autorizados, los dos procedentes del Secretario de Estado de la República norteamericana, Mr. Cordell Hull.

Uno de esos documentos es el memorándum de diecisiete puntos, que dicho gobernante lanzó a la publicidad, el 21 de Marzo último y otro el discurso que pronunció hace seis días, el domingo. Aunque está de más, he de decir que procederé al análisis de ambas declaraciones con todo respeto para la persona de Mr. Cordell Hull, aureolada por la ancianidad, con todo respeto también para la representación gubernativa que ostenta y con tanto o mayor respeto para la nación en cuyo nombre habla.

Comenzaré mi análisis por el último documento, por el discurso del domingo. El Sr. Cordell Hull —he traído copiados los pasajes, porque aunque mi memoria sea feliz no he querido fiarme de síntesis que pudieran deformar los pensamientos del estadista norteamericano— dijo el 9 de Abril: "Nos hemos apartado de la descuidada tolerancia hacia las instituciones perversas para llegar al convencimiento de que los gobiernos libres y los gobiernos nazis y fascistas no pueden existir juntos en este mundo, pues la misma índole de los últimos les exige ser agresores y la índole de los primeros les expone, con demasiada frecuencia, a traidores y bien preparados planes de ataque."

El pasaje envuelve muy preciosa confesión. Ha habido por parte del Gobierno de los Estados Unidos una descuidada tolerancia con los regímenes perversos. Y yo pregunto llanamente, entregando la pregunta a vuestra conciencia, ¿no es perverso el régimen de Franco? ¿Hasta cuándo va a seguir la tolerancia con ese régimen? (Aplausos).

Más adelante, el eminente ministro norteamericano dice: "No podemos consentir ya que esos países (alude a los que se titulan neutrales) se valgan de los recursos del mundo aliado y a la vez contribuyan a la muerte de los soldados, cuyo sacrificio coadyuva a su salvación, lo mismo que a la nuestra. Hemos respetado escrupulosamente la soberanía de esos países, no hemos hecho coacción sobre ningún país, ni la ejerceremos, para que se unan a nosotros en la lucha. Hemos dicho a esos países que ya no es necesario que compren la protección contra los agresores, suministrando ayuda a nuestro enemigo, bien al permitir que agentes oficiales alemanes lleven a la práctica su actividad de espionaje contra los aliados dentro de las fronteras neutrales, o al enviar a Alemania los ingredientes necesarios del acero que mata a nuestros soldados o al consentir que trabajadores altamente adiestrados y fábricas suministren productos que no pueden salir ya de las humeantes ruinas de las factorías alemanas. Solamente les pedimos, pero con insistencia, que cesen de ayudar a nuestro enemigo."

La alusión a España es perfectamente clara. Dentro de España, según acusaciones de los Gobiernos de Londres y Washington, ha actuado y actúa el espionaje alemán. Pero más claramente se advierte la alusión en lo que pudiéramos llamar, con un poco de sarcasmo, la "batalla del tungsteno". España está proporcionando a Alemania el tungsteno para endurecer el acero que mata a los soldados aliados. Se le ha pedido con insistencia que cese en esa ayuda cómplice, alevosa y cobarde. ¿Hasta cuándo va a durar tal insistencia? ¿Hasta el momento en que, invadido el territorio francés por las tropas aliadas, no le sea posible ya a Franco facilitar a través de Francia el wolfranio necesario para endurecer el acero alemán que mata a los soldados americanos? Cuando llega a semejantes límites, la insistencia carece de gallardía, y aparenta manifestación de solidaridad con Franco, tirano tan repugnante, tan sangriento y más odioso que Hitler y Mussolini. (Aplausos).

JUSTICIA SIN VENGANZA NI IMPUNIDAD

Vuelvo sobre palabras de Mr. Cordell Hull: "Al mirar el mapa de Europa, ciertas cosas me parecen de una claridad meridiana. En tanto que los nazis caen presa de la derrota, inevitablemente dejarán tras ellos, en Alemania y en los países satélites de la Europa sudoccidental, una herencia de confusión. Es esencial que nosotros y nuestros aliados establezcamos los controles necesarios para implantar el orden en el caos a la mayor brevedad posible y que hagamos cuanto podamos para evitar que ese caos se propague a los países ocupados por los alemanes en la Europa oriental y occidental, mientras esos países se hallan en el proceso de restablecer sus gobiernos y de reparar las atrocidades más brutales de la guerra. En caso de que la confusión se propagase por Europa, sería difícil recalcar bastante la gravedad del desastre que seguiría. Consecuentemente, para nosotros, para el mundo y para los países afectados, el establecimiento de una Europa estable debe ser meta inmediata de la política aliada."

Muy sobrio será mi comentario. No puedo aplicar la misma sobriedad, sin riesgo de quebrantar la integridad de los textos, a las lecturas que acompañan mi disertación. En ese párrafo aparece más clara que en el anterior la alusión a España. España pertenece a la Europa sudoccidental. Las palabras leídas constituyen, a mi modo de ver, muy claro anuncio por parte de los Estados Unidos de intervenir en Europa, y consiguientemente en España. ¿A título de qué? Ya se ha dicho; a título de impedir el caos y evitar el desorden. El motivo encierra un sentido humanitario que no puede negarse, pero yo digo aquí, cerca de la costa norteamericana, que no son sólo naciones aliadas los Estados Unidos y Gran Bretaña, que hay en este Continente catorce naciones de habla española que figuran en el consorcio de Naciones Unidas, más otras cinco que han roto sus relaciones con el Eje y que si una intervención en territorio español fuere indispensable para evitar el caos y contener el desorden, recibiríamos, si así fuese menester, con los brazos abiertos, a naciones de nuestra habla, de nuestra raza, de nuestra sangre. (Aplausos).

Añade finalmente, en la parte que a mí me interesa, el discurso del Sr. Cordell Hull: "Abrigamos confianza, fe profunda, en el período en que se podrá desempeñar una gran labor democrática en Europa. Su liberación del yugo alemán, dará a los pueblos de Europa, una magnífica oportunidad para satisfacer sus aspiraciones democráticas, tanto para crear instituciones democráticas de su propia elección como para establecer una democracia social y económica sobre la cual debe descansar la democracia política. Conviene a nuestros intereses nacionales estimular el establecimiento en Europa de gobiernos fuertes, progresistas y populares, que se dediquen, como el nuestro, a mejorar el bienestar social del pueblo en general, gobiernos que se unirán al esfuerzo común de las naciones para crear las condiciones de una paz duradera y fomentar el aumento de la producción, el empleo y el intercambio y consumo de artículos, bases esenciales de la libertad y bienestar de todos los pueblos."

Principio tan claramente definido en esas palabras resulta, desde luego, incompatible con la subsistencia de relaciones diplomáticas con el general Franco. Es una contradicción que ningún ardid polémico de la diplomacia podrá justificar. Si el control resulta indispensable, si lo juzgan ineludible las potencias directoras de las Naciones Unidas en guerra contra la opresión, yo vengo a reclamar aquí, y perdonad mi machaconería, que lo deleguen en las naciones de habla española que también son naciones aliadas en lucha contra la opresión y el despotismo. (Aplausos).

Se actúa sobre un estado de espíritu que no puedo negar; se actúa sobre el estado de espíritu de elementos españoles que temen la venganza del pueblo. No desconozco el fundamento de ese temor, lo tiene, desgraciadamente, habiendo nacido de la represión sangrienta que viene desplegándose durante cinco años después de concluída la guerra, sin que en un solo momento haya desgarrado las negruras del rencor la luz gloriosa de la piedad, esencia del alma cristiana. (Aplausos).

Mas, reconociendo el fundamento de este temor, no puedo admitir que los partidos republicanos españoles, los que establecieron la República, los que la organizaron, los que la defendieron con las armas en la mano vayan a ser instrumento de venganza. En nombre de todos ellos, recogiendo su estado de conciencia iluminado por intensa claridad humana, digo que los partidos republicanos si volvieran, como volverán, al Poder, no serán en España instrumento de venganza. Pero tampoco de impunidad. Llevarán por lema la justicia plasmada en la ley. (Grandes aplausos).

Al llegar aquí recuerdo una entrevista emocionante de semanas atrás en Nueva York, con un anciano octogenario. Trémulas las manos, llorosos los ojos, vacilantes los labios, agarándose a mis brazos me decía: "¡Justicia, Prieto, justicia." Era el padre del poeta Federico García Lorca vilmente asesinado en Granada. (Grandes aplausos).

UN PROGRAMA YA RECOGIDO POR LA CONSTITUCION REPUBLICANA

Terminado el examen del discurso que Mr. Cordell Hull pronunciara el domingo último, analizaremos algunos puntos de su memorándum del 21 de marzo.

Está claro que España se encuentra bajo el yugo alemán sean cualesquiera las protestas que hoy formulen en contra sus gobernantes, que deben el gobierno a Hitler. Ni en nombre propio ni en nombre de nadie, mendigo el Poder de naciones extrañas. España se ofrece a la causa de la democracia, se ofrece a la causa de la paz mundial, se ofrece a la fraternidad universal, pero ese ofrecimiento sólo puede ser sincero, saliendo a gritos de nuestros pechos, del pecho de republicanos españoles y no de los labios miserables de ese traidorzuelo llamado Francisco Franco. (Aplausos).

El memorándum dice en su punto número cuatro: "Diferencias políticas que constituyan una amenaza a la paz del mundo habrán de ser sometidas a organismos que aplicarán las medidas de discusión, negociación, conciliación y buenos oficios." Es decir que el señor Cordell Hull esboza, aunque sin firmeza en los trazos,

un organismo superestatal. Es el organismo superestatal que yo deseo, pero constituído por naciones americanas de habla española.

Cordell Hull, en el punto doce, dice: "El compromiso contraído en la Carta del Atlántico, consiste en crear un sistema que dé a cada nación, grande o pequeña, mayores seguridades de una paz estable, y mayores oportunidades para un progreso material. Pero este compromiso implica el deber de cada nación de demostrar su capacidad para tener un gobierno estable y progresista, de cumplir escrupulosamente sus deberes con otras naciones, de no resolver sus diferencias y querellas internacionales sino por métodos pacíficos y de contribuir plenamente al sostenimiento de una paz duradera".

Este programa quedó plasmado no sólo en palabras, sino en hechos por parte de la República española. Nadie en el mundo podrá levantar su voz para acusar a nuestra República del más leve incumplimiento de tales compromisos. Y cuando alguien quiera buscar textos constitucionales por el mundo entero sobre la asunción de compromisos de este género, no los encontrará tan rotundos y tan claros como en nuestra Constitución de 1931, que la Junta Española de Liberación tremola por bandera. Su artículo sexto dice: "España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional". El artículo séptimo agrega: "'El Estado español acatará las normas universales del Derecho internacional incorporándolas a su Derecho positivo."

Eso hizo la República, y cuando buscó el amparo de las democracias, se encontró en el más terrible y angustioso de los aislamientos. No se le proporcionaron armas para defenderse. Se toleró su aplastamiento bajo el peso militar de los tiranos europeos que luego, envanecidos justamente por la cobardía de las naciones democráticas, hollaron también el territorio sagrado de esas naciones, (aplausos), sagrado, sí, pero no más que el territorio de nuestra España, de nuestra amada patria. (Aplausos).

En el punto diez y seis de su memorándum declara Cordell Hull: "No hay manera más segura, para hombres y naciones, de mostrarse dignos de la libertad, que luchar para su conservación, como mejor puedan, contra aquellos que pretendan destruirla para todos. Todos los pueblos que aman la libertad y los que aspiran a ella, jamás se vieron enfrentados con deber tan evidente como el de luchar contra sus enemigos. Todos los pueblos que, por ostentar el respeto debido a las opiniones de la humanidad, están calificados para asumir y desempeñar las responsabilidades de la libertad, tienen derecho a disfrutar de la misma".

Pues yo sostengo, con palabra mesurada, que quienes primeramente cumplieron ese deber fuimos los republicanos españoles y que entre quienes ahora defienden los mismos principios, que en nuestro territorio resultaron pisoteados merced al aislamiento cobarde de las democracias, habrá si acaso, y no lo niego, porque no niego el heroísmo ajeno, quienes igualen el heroísmo de los republicanos españoles, pero superarlo, no, porque no hay en el mundo quien lo supere. (Aplausos).

Se combate la opresión, se quiere abolir la tiranía . . . ¿Quién puede negar que subsisten opresión y tiranía dentro de España? En España no existe libertad política; no hay más partido político que Falange. En España no existe libertad sindical; no hay más sindicatos autorizados por la ley que los falangistas. En España no hay libertad religiosa, no ya la que instituyó, incorporándose al moderno derecho de gentes, la República, sino ni siquiera la menguada tolerancia de cultos que consintió la monarquía. No hay más Iglesia que la católica.

Si ello es así y no se quiere ya mantener el descuido de entenderse con regímenes perversos, ¿qué explicación tienen los lazos de amistad con el general Franco? Ninguna. Cuando se discute, en la más grotesca de las contiendas diplomáticas, si son o no españoles los componentes de la División Azul, se ignora, o se finge ignorar, que ningún ciudadano español puede incorporarse a ejércitos extranjeros so pena de perder su nacionalidad española. ¿Cómo se explica, por ejemplo, que haya sido arrancada el acta de mi nacimiento del Registro Civil de Oviedo y la fe de mi bautismo en la sacristía de la parroquia de San Isidoro, por ser yo un defensor de la libertad y que, encima de no ser privados de la nacionalidad española ninguno de los componentes de la División Azul, se les reciba con discursos encomiásticos y se les condecore por haber violado la ley? (Aplausos).

GRATITUD AL PRESIDENTE BATISTA

Os haré, amigos y compañeros que con tanta atención me escucháis, una triste confesión, que no ofrece novedad pero que debe vivir en nuestro recuerdo. En la guerra de España las tiranías se solidarizaron contra nuestra República, mientras que las democracias nos abandonaron traidoramente . . . (Se inicia una ovación que detiene el orador con estas palabras: ¡Callad! ¡Oídme!) A pesar de ese pecado que yo califico con palabra quizá excesiva, a pesar de ese pecado, los republicanos españoles seguimos siendo, porque ello está dentro de nuestro corazón, los más ardientes, los más sinceros, los más entusiastas seguidores de la bandera de la democracia que las naciones unidas hacen ondear.

Desertaron entonces las democracias. ¿Desertarán también ahora? He ahí la pregunta angustiosa que a diario me hago. Esperamos que no. Esperamos que los principios de la Carta del Atlántico no naufraguen, como naufragó el acorazado "Príncipe de Gales", sobre cuya cubierta se suscribió; esperamos que las palabras prometedoras de los dos jefes de las grandes democracias de Europa y América lleguen a ser realidad; esperamos también que los hechos se ajusten a las palabras elocuentes de Cordell Hull, porque si el ajuste no se verificara, los republicanos españoles tendríamos que agachar definitivamente la cabeza y, dejando que las lágrimas asomaran a nuestros ojos, exclamar: ¡No hay redención!

No olvido que he venido aquí invitado como miembro de la Junta Española de Liberación. No haré su panegírico. Sólo os diré que la Junta Española de Liberación no cierra el paso a los más amplios ideales, sean quienes sean los que los profesan. La Junta establece como punto de partida y como fundamento jurídico, los principios de la Constitución de 1931, que el pueblo votó y que no ha sido legítimamente derogada, pero cuando España sea libre, cuando la República vuelva a erguirse, todos los partidos quedan, dentro de la esfera legal, en libertad absoluta de propagar sus respectivos programas para dar a la Tercera República la estructura que mejor se acomode a las fórmulas mundiales que el triunfo de las Naciones Unidas nos depare. La Junta es una coalición de partidos que representan la voluntad de la mayoría de los españoles. El órgano parlamentario es fuente directa de la voluntad del pueblo. Pues bien, os manifiesto que, consultados los diputados de las últimas Cortes, que están en libertad de evacuar su consulta, la mayoría prestó su adhesión a la Junta Española de Liberación. Esta no es una candidatura formada por unos nombres contra otros nombres. Nada de eso. Sería mezquino, imbécil, insensato ante la gravedad de las circunstancias, oponer nombres contra nombres. La Junta Española de Liberación únicamente quiere ser instrumento en la expresión de la voluntad del pueblo español. Frente al general Franco, la Junta Española de Liberación opone otro candidato: el pueblo español; frente al general Gómez Jordana, posible sustituto de Franco, nosotros oponemos el pueblo español, y frente al infante Juan, patrocínelo quien lo patrocine, nosotros oponemos la voluntad sagrada del pueblo español (Grandes aplausos).

Y conste, frente a aquellos, de unas u otras latitudes, que han dicho que nosotros representamos la anti-España, que queremos salvar el espíritu español, el legítimo espíritu español, saturado de libertad y enemigo natural de las tiranías. No mendigamos el Gobierno ante nadie, por poderoso que sea, por grande que sea su influencia. Sólo exigimos respeto para la ciudadanía española. Profesamos amistad a las democracias, pero queremos una amistad correspondida. En esto también he encontrado entre mis lecturas un texto cubano; dice: "No somos enemigos, somos amigos de los Estados Unidos, pero queremos esa amistad a base de la amistad, no del tutelaje."

Así dijo hace casi once años, en Septiembre de 1933, quien hoy es Presidente de la República de Cuba, el general Fulgencio Batista,, cuyo nombre no puedo pronunciar sin emoción ante esta multitud compuesta de españoles que gozan de la generosidad cubana y ante cubanos cuyos corazones laten al unísono del nuestro. No puedo pronunciar el nombre de Fulgencio Batista sin envolverlo en palabras de gratitud entrañable, porque yo que lo sé bien, puedo decir hoy que merced a la acción personalísima y plenamente generosa del Presidente de vuestra República, salvaron su vida algunos españoles que la tenían en inminente peligro. Os pido que os asociéis a mis palabras y ratifiquéis esta gratitud nuestra. (Puesto en pie, el público se adhiere a la proposición con prolongadísima salva de aplausos).

¡Quién sabe cómo podrá favorecernos todavía la visión de ese hombre modesto e inteligente, hijo del pueblo, en cuya conversación me he deleitado al oirle, salpicándolo con frases plenas de sentimiento humano, el relato de los sinsabores y de las miserias de su infancia que tanto se parece a la mía! La similitud entre nuestras vidas llega a la coincidencia singularísima de haber encontrado ambos en el arte taquigráfico la redención económica. ¡Quién sabe si en el período, ya corto, que le resta de mandato, el general Batista ofrecerá a la causa de la libertad española nuevos e inestimables servicios! Hagamos votos porque así sea y porque otros estadistas hispanoamericanos le secunden y además, porque otros no se interpongan en su camino generoso.

La República española fué consecuencia natural de un estado de conciencia del pueblo español. Nadie puede atribuirse para sí ni para grupo alguno la gloria de haber creado ese estado de conciencia. Ello fué obra de todo el pueblo. Menos que nadie podrían atribuirse semejantes títulos, por preclaras que fueran sus inteligencias, quienes se incorporaron a última hora a las filas republicanas. El estado de conciencia republicana en España exigió un trayecto muy largo, erizado de sacrificios. No pronunciaré nombres de patricios excelsos que están en la memoria de todos, aunque me sentiría en libertad de proclamarlos, porque ya la tierra cubre sus huesos. Debemos respetar ese estado de conciencia, debemos ser instrumento desde América de ese estado de conciencia, que —yo os aseguro— no se ha debilitado con fusilamientos, prisiones y destierros.

Aquí, amigos, termina mi lección, si permitís que le dé ese nombre. Vuelvo a darme cuenta del lugar donde hablo, vuelvo a recrear mi mirada en esos paisajes maravillosos de Asturias, de la cual, hace muchos años, más de cincuenta, me expulsó la miseria, empujándome hacia otras tierras; pero a la que nunca olvidé. Evocad vosotros conmigo esos mismos paisajes: las altas montañas hendiendo con sus cimas agudas las nubes plomizas, el mar bravío rugiendo al pie y salpicando de espuma los riscos, mientras el eco de la gaita, difundiéndose por los valles, rebota en las faldas de los agrestes montes . . . En las cumbres de esas montañas hay todavía asturianos, de los nuestros, que desde hace siete años, sin abandonar las armas que la República les dió, siguen defendiendo la libertad. Decidles conmigo, para que a través del mar les lleguen por ondas invisibles, nuestras palabras emocionadas:

¡Guerrilleros de Asturias, salud! ¡Camaradas, hasta pronto! (El público, en pie, prorrumpe en ovación que se prolonga por espacio de varios minutos).

Don Indalecio Prieto en la Habana. La presidencia del acto.